

LA FIGURA DEL HÚSAR Y DEL SOLDADO EN LOS POEMARIOS *LOS ELEMENTOS DEL DESASTRE* (1953), *LOS TRABAJOS PERDIDOS* (1965) Y *RESEÑA DE LOS HOSPITALES DE ULTRAMAR* (1973) DE ÁLVARO MUTIS

DIANA MARCELA ARDILA FREUND

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Estudios Literarios
Bogotá, 2019

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Óscar Torres Duque

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Liliana Ramírez Gómez

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Juan Felipe Robledo Cadavid

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Agradecimientos

Gracias a mi familia porque siempre me ha apoyado en las decisiones que he tomado, han sido un apoyo muy importante para mí. También quiero agradecerle a Juan Pablo por alentarme a no rendirme a pesar de las dificultades. Y, por último, gracias a Juan Felipe Robledo, mi tutor de Trabajo de Grado, por animarme a seguir hasta el final de este proceso.

Tabla de contenido

Introducción 6

Capítulo I 13

Capítulo II 29

Capítulo III 46

Conclusiones 59

Bibliografía 63

Introducción

En varios trabajos, cuando se quiere presentar al escritor Álvaro Mutis (1923-2013), escritor colombiano, se presenta una reseña autobiográfica escrita a mediados de los años setenta. En mi caso, tomaré como referencia la que se encuentra en el libro de Juan Gustavo Cobo Borda *Lecturas convergentes* (2006). De esta autobiografía lo que más me interesa es la última parte. En esta dice: “el último hecho político que me preocupa de veras es la caída de Bizancio en manos de los infieles en 1453. (...) Soy gibelino, monárquico y legitimista” (219). Estas características podemos verlas plasmadas en su obra, ya que el autor en sus personajes e historias efectivamente regresa a ese pasado donde existían reyes y grandes figuras que peleaban por su honor realizando, constantemente, un trabajo de recuperación de la memoria de esos hechos que muchas veces son olvidados en la literatura contemporánea.

Por otra parte, buena parte de su obra se desarrolla bajo el concepto que él mismo denomina como “la desesperanza”. Mutis lo propone en una conferencia, titulada con el mismo nombre de este concepto, que dictó en la Casa del Lago de la Universidad Nacional Autónoma de México en febrero de 1965. En esta conferencia Mutis da varios ejemplos de personajes desesperanzados –por ejemplo: Axel Heyst de la novela *Victoria* de Joseph Conrad– así como autores donde su obra está impregnada por la desesperanza –ese es el caso de Drieu la Rochelle y André Malraux–. Sin embargo, lo más importante e interesante de esta conferencia es que realiza una lista con los signos que presenta un desesperanzado.

El primer signo es la lucidez. Esta se complementa directamente con la desesperanza: “A mayor lucidez, mayor desesperanza y a mayor desesperanza mayor posibilidad de ser lúcido” (Mutis, *Desesperanza* 288). Sin embargo, Mutis hace una advertencia: si se trata de utilizar la lucidez en beneficio propio se rompe la simbiosis anteriormente mencionada: “el hombre se

engaña y se ilusiona, “espera” algo, y es cuando comienza a andar un oscuro camino de sueños y miserias” (Mutis, *Desesperanza* 288).

La incomunicabilidad es el segundo signo. Para un desesperanzado es muy difícil comunicar lo que siente, debido a que la desesperanza “se vive interiormente y se convierte en materia misma del ser” (Mutis, *Desesperanza* 288). Por esa razón, esta “siempre será confundida por los otros con la indiferencia, la enajenación o la simple locura” (Mutis, *Desesperanza* 288).

El segundo signo está relacionado con el tercero, ya que esa incomunicabilidad los lleva a la soledad. La soledad se debe también a la “imposibilidad de los demás en seguir a quien vive, ama, crea y goza sin esperanza” (Mutis, *Desesperanza* 288). Esta es una característica importante para la desesperanza, ya que, según Mutis, permite que la lucidez llegue a las más recónditas zonas del ser. Sin embargo, Mutis menciona la habilidad de comprensión y cercanía con los desesperanzados que tienen algunas mujeres “por cierto secreto y agudísimo instinto de la especie, (ya que) aprenden a proteger y a amar a los desesperanzados” (Mutis, *Desesperanza* 288).

El cuarto signo es la relación que tiene un desesperanzado con la muerte. Estos viven con la muerte muy cerca, tanto así que “no rechaza la muerte; antes bien, detecta sus primeros signos y los va ordenando dentro de una cierta particular secuencia que conviene a una determinada armonía que él conoce desde siempre y que solo a él le es dado percibir y recrear continuamente” (Mutis, *Desesperanza* 289).

El quinto signo es que un desesperanzado no está reñido con la esperanza. Y aquí Mutis nos presenta la razón por la cual la palabra desesperanza es ineficaz para definir esto. Mutis define a la esperanza como un “breve entusiasmo por el goce inmediato de efímeras dichas” (Mutis, *Desesperanza* 289). Un desesperanzado no está en contra de esto, antes acepta la

esperanza que viene “de los más breves límites de los sentidos, de las más leves conquistas del espíritu” (Mutis, *Desesperanza* 289). El problema está cuando se empieza a “esperar” algo, que esa esperanza pase más allá de disfrutar ese goce inmediato que se puede presentar en cualquier momento.

Es así como un desesperanzado vive una vida “normal” –trabaja, tiene amigos, parejas– pero sabe que “solo en la participación lúcida de los mismos, puede derivarse algo muy parecido a un sabor de existencia, a una constancia de ser, que hace posible el paso de las horas y los días sin volarse los sesos concienzudamente” (Mutis, *Desesperanza* 287).

Del mismo modo, en esta misma conferencia, Mutis hace una descripción del lugar donde es más probable que se desarrolle la desesperanza: el trópico, “el meridiano de la desesperanza”. Como bien explica el autor: “El trópico, más que un paisaje o un clima determinado, es una experiencia, una vivencia de la que darán testimonio para el resto de nuestra vida no solamente nuestros sentidos, sino también nuestro sistema de razonamiento y nuestra relación con el mundo y las gentes” (Mutis, *Desesperanza* 300). El trópico cuenta con dos características. La primera es la falta de lo que se cree que lo caracteriza: un lugar colorido, fertilidad de la tierra y la alegría constante en las personas que habitan allí; sin embargo, la realidad es otra:

Una vegetación enana, esqueléticos arbustos y desnudas zarzas, lentos ríos lodosos, vastos esteros grises donde danzan las nubes de mosquitos en soñolientos zig-zag, pueblos devorados por el polvo y la carcoma, gentes famélicas con los grandes ojos abiertos en una interior vigilancia de la marea de la fiebre palúdica que lima y desmorona todo vigor, toda energía posible. (Mutis, *Desesperanza* 300)

La segunda característica que observa en el trópico es cómo estos lugares se convierten en fértiles para la desesperanza, debido a que la llamada “civilización” quiso replicarse aquí:

“grandes ciudades, de los usados caminos de una civilización milenaria, de los claustros de las viejas universidades, de los frescos ámbitos de las catedrales góticas, o de las empedradas y discretas calles de las capitales de la antigua colonia” (Mutis, *Desesperanza* 301). Estos lugares terminan siendo el fracaso de un gran proyecto debido a todos los inconvenientes que se les presentaron: desde la fiebre del oro padecido por los extranjeros que llegan a la tierra caliente, hasta las inclemencias de una naturaleza que no conocían.

Teniendo en cuenta las características mencionadas anteriormente y después de realizar una lectura detallada de los poemarios a tratar en este trabajo, llamaron mi atención la figura del húsar y la del soldado raso –presentes en gran parte de la obra literaria de Mutis, no solo en los poemarios–. Es así como el objetivo principal de este trabajo es analizar el papel que cumplen las figuras del húsar y el soldado raso en los poemarios *Los elementos del desastre* (1953), *Los trabajos perdidos* (1965) y *Reseña de los hospitales de Ultramar* (1973). Esto se debe a que pude ver que estas figuras ejemplifican la transformación que tuvo la cultura europea al llegar a Sudamérica y los resultados de aquella transformación, sobre todo en las relaciones que hay entre las personas y el poder. Todo esto lo hace Mutis a través de las imágenes que presenta en sus poemas: el húsar que llega al trópico y muere bajo la inclemencia de la naturaleza, el utilizar objetos militares para ejemplificar el deterioro de los lugares –cocinas militares, uniformes roídos por el tiempo, estandartes, jinetes– y el ejemplificar la soledad que se vive en el trópico, al igual que la necesidad de actividad de la memoria histórica, todo esto plasmado en la palabra por medio de las vidas de sus personajes.

Me decidí por estos tres poemarios porque veo una conexión entre ellos, como una historia contada en fragmentos. En el primer poemario, *Los elementos del desastre*, Mutis muestra la llegada del húsar a la tierra caliente, lugar donde todo lo europeo sufre una

transformación total y su figura es olvidada. Esto se debe a que, recordemos, el trópico deteriora lo que llegue a él. El segundo poemario, *Los trabajos perdidos*, se enfoca en el soldado raso al igual que en otros trabajos marginales de los cuales la gente no se da cuenta –un celador de transatlánticos, las prostitutas–, trabajos todos que se desarrollan en la noche. Del mismo modo, muestra las consecuencias de esa unión y sincretismo en el territorio de culturas por medio de la figura del soldado raso, ya que pone frente a nosotros objetos cotidianos y la jerga militar para mostrar lo desesperanzado del lugar y los personajes. En el tercer poemario, *Reseña de los hospitales de Ultramar*, están las consecuencias de esa desesperanza que se ha creado en el trópico, todo desde la mirada de Maqroll el Gaviero, personaje insignia de la obra de Mutis. Así mismo, está todo aquello que nos enferma como sociedad: la burocracia y la búsqueda de poder y dinero, características clave de las personas en la modernidad.

Por otra parte, ni la figura del húsar ni la del soldado raso se han estudiado suficientemente en la obra de Mutis, sobre todo la figura del soldado raso. Los trabajos existentes, puede decirse, se dividen en dos: los que muestran la figura del húsar como la degradación de los valores europeos con su llegada a América y aquellos que presentan al húsar como la degradación del “poder” debido a la modernidad. Recordemos que Mutis siempre hace énfasis en la importancia de que el “poder” provenga de un lugar sagrado, no de leyes hechas por personas, de ahí su afán por regresar a una monarquía.

Desde el húsar, el honor de servir a una nación se ha perdido completamente, los soldados pelean en guerras en las que no entienden por qué se está peleando y sus victorias quedan para los que están en lo más alto de la jerarquía olvidando que ellos participaron. Sin embargo, a pesar de que el soldado es una de las herramienta del Estado para mantener el “orden” en el territorio, Álvaro Mutis los muestra como seres de la noche que nadie tiene en

cuenta, como ejemplo del deterioro que se ha vivido en los últimos años en todos los aspectos de las sociedades modernas. Del mismo modo, la elección del húsar para ejemplificar el deterioro del poder, sobre todo de la monarquía, nos lleva a preguntarnos por qué el autor elige específicamente al húsar, en lugar de otra figura del ejército, teniendo en cuenta que no tiene una relación directa con España, país de mucho interés para el autor, por motivos familiares e históricos.

Este trabajo tendrá tres capítulos. En el primer capítulo me concentraré en el húsar, allí explicaré de dónde viene esta figura, su historia, enfocándome en su papel en los ejércitos de Napoleón Bonaparte. Del mismo modo, analizaré cómo se ve en los poemarios de Mutis de los que se ocupa este trabajo y las distintas interpretaciones que han realizado distintos autores. En el segundo capítulo me detendré en cómo se muestra la figura del soldado en los poemarios y su desarrollo en la tierra caliente. Así mismo, mostraré la relación entre la revolución francesa y las independencias de Latinoamérica. En el capítulo tres haré una comparación entre el soldado bizantino que aparece en el relato *La muerte del estratega* y el húsar napoleónico que aparece, sobre todo, en el poemario *Los elementos del desastre*. De este modo, mostraré cómo es un desesperanzado que pertenece al ejército.

Capítulo I

El húsar es una figura que está de comienzo a fin en la primera parte de la obra literaria de Álvaro Mutis, su poesía. Sin embargo, esta no ha sido muy estudiada por parte de la crítica literaria. Del mismo modo, muy poco se encuentra sobre su historia, extraño teniendo en cuenta que fue una figura muy importante en los ejércitos europeos del siglo XV al XIX. Así mismo, en el primer poemario de Álvaro Mutis –si no tenemos en cuenta *La balanza* (1948)– titulado *Los elementos del desastre* (1953) tiene el poema “El húsar”. Gracias a este poema he podido rastrear la historia de este personaje.

Una de las principales fuentes donde pude encontrar cómo nace la figura del húsar en los ejércitos fue en el artículo breve, pero detallado, de Ricardo Cano Gaviria: “El Húsar, breve descripción de una forma” publicado en la revista Cuadernos hispanoamericanos, número 619 de enero de 2002. En el artículo el autor explica que la figura del húsar apareció en el siglo XV en Hungría, la nobleza “debía aportar un jinete por cada veinte hogares (*hurs*: veinte)” (Cano 28), estos debían enfrentarse “a la feroz e irregular caballería de los turcos” (Cano 28). Durante los siglos XVI y XVII, esta figura “se extiende por casi todos los ejércitos (el primer país en hacerlo, Francia, lo adopta a finales del siglo XVII a través de varios húsares desertores del ejército austriaco)” (Cano 29).

Debemos recordar que en el siglo XV y XVI se da el paso de la Edad Media al Renacimiento. Como explica María Concepción Quintanilla en su libro *Nobleza y caballería* (1996), estos dos siglos son una etapa de transición. Sin embargo, primero debemos ir más atrás y ver cómo se entendía la caballería en la Plena Edad Media: “la caballería dejaba de ser solo una mera técnica de combate, (...) se iba convirtiendo en la Plena Edad Media en mucho más: un compendio de valores y hasta de creencias, un verdadero sistema de vida, que acabaría por

asociarse a la condición nobiliaria” (Quintanilla 7). Así vemos cómo un hombre que peleaba a caballo, un simple elemento de la batalla, se convierte en toda una figura arquetípica de su tiempo, con valores específicos y significativos dentro del orden de la sociedad. Incluso los objetos utilizados en la batalla cobraban un tratamiento litúrgico. Por ejemplo, este es el caso del ritual que se celebraba en torno a la espada del guerrero, la cual pasaba por distintas ceremonias sagradas: las hazañas para obtener el merecimiento para poseerla, y la bendición real y eclesiástica otorgada por las instituciones. Aquí se observa el aspecto religioso con el que también contaban: “su función se identificaba con el mantenimiento de las instituciones más característica de la Plena Edad Media –la paz y tregua de Dios–” (Quintanilla 51). Esto le agregaba más peso e importancia a su función: eran protectores de la iglesia y de un reino, al mismo tiempo que debían mantener su honor intacto.

Ahora bien, hay que hacer énfasis en el carácter de etapa de transición de los siglos XV y XVI. Debido a toda la mortandad que hubo, muchas familias nobles desaparecieron y otras llegaron para tomar su puesto. Esto provocó una renovación nobiliaria. Toda esta muerte llegó debido a las guerras que ocurrieron en este momento, pero, sobre todo, se dio por causa de la Peste Negra. Por esa razón, se comenzaron a realizar órdenes de caballería para intentar conservar esta figura y los valores que vienen con ella. Crearon grupos cerrados para seguir conservando la tradición y la exclusividad. Sin embargo, en varias ocasiones, rayaban con la exageración: “en el mundo de la caballería un incremento del formalismo, el exhibicionismo y la extravagancia, llegando al riesgo de la caricatura” (Quintanilla 60).

Así mismo, es importante mencionar que en el libro, Quintanilla habla de la “caballería pesada” debido a todo el equipamiento que tenían los caballeros –espada, escudo, casco, malla entera para el cuerpo como protección, etc.–. Con los cambios que comenzaron a darse, uno de

ellos fue dejar de lado todo esos elementos que se ponía un caballero y dejar de lado a sus escuderos. De esta forma, se pasa a la caballería ligera –esta es la categoría a los que pasan a ser los húsares–, y el jinete solo se distinguía por un espléndido uniforme, su espada y su caballo. De ahí su importancia y recepción en los demás ejércitos europeos.

Pude encontrar una descripción del húsar realizada por el mismo Álvaro Mutis en una entrevista realizada por Jacobo Sefamí: “Maqroll, la vigilancia del orden: entrevista con Álvaro Mutis”. Esta se encuentra en el libro *Tras las rutas de Maqroll el Gavierno 1988-1993*. En la entrevista Sefamí le pregunta a Mutis “¿Cuál es la función que desempeña el húsar en la guerra?” (125) y este le responde:

El húsar es caballería ligera que generalmente se usaba para uno de los trabajos más peligrosos y necesarios de la guerra. Se trataba de cargar a gran velocidad y apoderarse de la artillería: romper las unidades de artillería que se hacían como unas islas; o acciones de ese tipo, muy peligrosas, en donde realmente las posibilidades de sobrevivir son casi nulas. Y a cambio de eso tener un prestigio extraordinario en el ejército y una cierta impunidad (...). A un húsar se le permite todo, porque realmente se la juega íntegra; se la jugaron, ya no existen. Eran como una especie de comandos. Y peleaban donde les tocara. Eran unas fieras. Son gente que vive al borde de la vida: muy pocos húsares llegaban a contarles a sus nietos de sus hazañas. Ahora, este que yo imaginé es un pobre perdido en las tierras calientes. (125)

Principalmente, esta cita recalca la importancia del húsar, ya que fue muy hábil al realizar distintas misiones en la batalla, sobre todo por su eficacia letal y su rapidez, debido a que ya no cargaban con tanto peso. Por otra parte, me detendré en la frase final de la respuesta de Mutis. Desde el principio Mutis muestra al húsar perdido en la tierra caliente, con la desesperanza

completamente aceptada. Es por eso que una de las cosas más importantes para él son el recuerdo de sus grandes hazañas: como leemos en el poema “El Húsar”: “Sus luchas, sus amores, sus duelos antiguos, sus inefables ojos, el golpe certero de sus enormes guantes, / es el motivo de este poema” (Mutis, *Summa* 54). Podemos ver cómo todo ese bagaje y experiencias que ha tenido el húsar a lo largo de su vida quedan en el olvido, debido a que los elementos que antes eran tan importantes en la Europa monárquica ya no son de utilidad en estas nuevas tierras a las que ha llegado. Por eso no le queda más opción que buscar que sus hazañas no se olviden, ya que, como veremos, los duelos en que participó fueron los que le dieron el reconocimiento que tanto valora y que nunca volverá a recuperar.

No obstante, antes de entrar a ver cómo aparece el húsar en los poemas de Mutis, debemos acercarnos al poemario *Los elementos del desastre* en su totalidad. Como bien lo explica el título, este poemario nos da los elementos que, de una u otra forma, llevan a la desesperanza y crean el ambiente propicio para su desarrollo: el clima, la soledad, la falta de memoria, etc. Del mismo modo, allí se destaca uno de los lugares más importantes en la poética de Mutis: el hotel.

Este espacio, el del hotel, es el de “«204»”, el primer poema del libro. Allí, vemos cómo Mutis nos presenta el hotel: un lugar de tránsito donde muchas veces se ve el paso del tiempo debido al desgaste de los objetos que se encuentran en él. Además, en el poema “Los elementos del desastre” se habla de cómo este lugar también recupera la memoria —en dicha habitación se recuerda a un granadero, a un rey muerto, la libreta de un viajero—. Este espacio moderno se convierte en un lugar donde todas las geografías y tiempos convergen en un mismo instante, aboliendo la lógica tradicional de la locación urbana: “Una pieza de hotel en tierras de calor y

vegetales de tierno tronco y hojas de plateada pelusa, esconde su cosecha siempre renovada tras el pálido orín de las ventanas” (Mutis, *Summa* 45).

Volviendo a la habitación 204, su inquilina grita en una oración matinal: “¡Señor, Señor, por qué me has abandonado!” (Mutis, *Summa* 39). Este grito debemos entenderlo desde ese aspecto divino que acompañó a la voz poética en un pasado no entrevisto en el texto. Aquí encontramos la relación de esta inquilina con el húsar: ambos han perdido la fuerza sagrada que los movía y acompañaba, esa que se fue al llegar a estas tierras de una fértil desesperanza, donde ya no les queda más que contar con ellos mismos, su individualidad, ya que solo les queda atisbar la muerte con la dignidad del desesperanzado.

Podemos ver entonces los contornos de la figura del húsar que nos presenta Mutis. Esto lo hace en el poema “El húsar”. La primera cosa importante que se debe definir es su nacionalidad, francesa. Esto lo podemos deducir debido a la vestimenta que usa: el poema nos habla de un dolmán rojo, un pardo morrión y unas “piernas forradas en paño azul marino”, el uniforme de los húsares napoleónicos (Mutis, *Summa* 54).

Para entender la figura del húsar es necesario hacer una breve síntesis de aspectos de la Revolución Francesa, ya que fue en ese momento histórico donde los franceses incorporaron esta figura a sus ejércitos. Tomé como referencia el libro de Enrique F. Sicilia Cardona *Napoleón y Revolución: las guerras revolucionarias* (2016). Lo elegí como un texto importante, porque se centra en la organización de los ejércitos revolucionarios.

La revolución francesa comenzó en 1789 por un “descontento popular conducido, sobre todo, por personalidades aburguesadas del tercer estado y otras de la baja nobleza, propició una reorganización de la sociedad de uno de los países más avanzados y poderosos de la época” (Sicilia 17). Esto provocó que la soberanía ahora estaba en manos del ciudadano, “un sujeto con

derechos universales y con la capacidad para intervenir en la política de su país” (Sicilia 17). Después de la huida y arresto del rey Luis XVI en junio de 1791 los Diputados franceses de la Asamblea (órgano principal del gobierno revolucionario) tenían miedo de una posible invasión por parte de Austria y Prusia debido a que querían restituir la monarquía. Es así como después de contener la invasión de sus fronteras intentaron extender por Europa la democracia, el poder representativo y el orden constitucional. Las Guerras revolucionarias se desarrollaron de 1792 a 1802.

En esta Revolución, como lo explica Sicilia, nace un nuevo concepto cultural de la guerra: se pasa de la guerra limitada a la ilimitada. La guerra limitada se refiere a las guerras corteses, donde el objetivo principal era la rendición del contrario sin perder tantas vidas. Mientras que en la guerra ilimitada se busca la eliminación completa del enemigo. Desde este punto ya comenzamos a ver los distintos sentidos que se tenían al combatir con un enemigo, comienzan a aumentar el número de pérdidas de vidas humanas: más soldados y más armas dan como resultado más muertos.

También es importante mencionar que en este momento se empieza a separar lo militar del mundo civil: “Esta redefinición de lo militar estuvo originada (...) por el nacimiento del ejército de ciudadanos, alimentado mediante el reclutamiento” (Sicilia 43). Este es otro de los grandes cambios que trajo la Revolución francesa: ya no se necesitaba ser de familia noble para pertenecer al ejército, ahora cualquier ciudadano podía serlo. Es así como comienza la separación entre el estamento “militar” y el “civil”. Se ve a los militares con una superioridad innata mientras que al civil se los distingue con una marcada debilidad:

Esa superioridad mal entendida daría lugar a golpes de estado, pronunciamientos, guerras civiles o masacres humanas en el futuro. En este periodo revolucionario y posterior

epílogo imperial napoleónico conllevaría, a veces, a demenciales comportamientos de algunos oficiales y mandos en los campos de batalla. (Sicilia 44)

La organización de los ejércitos revolucionarios se dividían en dos grandes grupos: infantería y caballería. Esta última se dividía en tres: pesada, de línea y ligera. El húsar pertenecía a la caballería ligera. “Francia creó su primer regimientos en 1692 y para 1791 contaban con seis regimientos, aumentados a doce en 1798” (Sicilia 61). Un regimiento era una unidad compuesta de tres a cinco escuadrones –un escuadrón son cien hombres–, es decir contaban con trescientos a quinientos hombres. Estos se definen como caballería ligera, pues solían ir armados con un sable curvo o una pistola. Se encargaban de ser los «ojos» del ejército, de buscar alimento para los animales y de realizar las persecuciones. Esto los hacía extremadamente letales. Del mismo modo, tenían al caballo, el cual también puede pensarse como un arma, ya que este puede atacar o defender.

Un dato interesante que se encuentra en el libro de Sicilia es que los cazadores a caballo franceses, creados por Napoleón en 1796, “tuvieron una continua rivalidad con sus compatriotas húsares por ser más valientes y osados. A menudo, esas ansias de gloria acababan en duelos personales entre ellos” (61). Recordemos lo que decía Mutis en la entrevista de Sefamí. Al ser húsares gozaban de un gran respeto por parte de los demás que pertenecían al ejército, por eso eran constantes las disputas por mostrar quién era más valioso.

Con estos hechos podemos empezar a vislumbrar por qué Mutis eligió a este personaje. Por una parte, es la manera de mostrar cómo en la República se crea un estado laico, el cual pierde todo el aura sagrada que venía por línea familiar nobiliaria, patente de manera especial en la caballería medieval. Por la otra, los mismos caballeros pierden el sentido sagrado de su

posición y dejan de ser un grupo selecto debido al aumento de los regímenes, donde ahora se hace la incorporación a las filas por medio del reclutamiento.

Mutis desde el comienzo de su obra usa el recurso poético de traer el pasado al presente. Así lo explica en la entrevista realizada por Augusto Pinilla en la Biblioteca Nacional de Colombia en mayo de 1989, también incluida en *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero*. Pinilla le pregunta a Mutis sobre la aparición del Viejo Mundo, encarnada en el húsar. Este le responde cómo su atención siempre está en traer estos grandes hechos occidentales, debido a su gran interés por la historia, a vivir en la exuberante naturaleza de la tierra caliente. Esto lo hace porque para él sin estos hechos occidentales importantes sus textos “se convertirían en un libro exótico para Europa, un libro más sobre nuestro pintoresco continente americano” (Pinilla 93). Así podemos ver cómo Mutis vuelve siempre a esos grandes imperios europeos, en este caso a Francia, creando un vínculo indisoluble entre Europa y América. Este autor siempre encuentra la forma de traer estos hechos de la historia antigua a la modernidad, donde prácticamente todo sentido trascendental se ha perdido, y más en la tierra caliente donde la desesperanza está siempre presente.

Por eso mismo es que vemos en la figura del húsar ese constante desplazamiento de Europa a la tierra caliente. Así lo muestra en el poema “El mapa”: “Un guerrero herido señala / con énfasis el lugar. / Su mano hasta / el desierto / y sus pies descansan / en una hermosa ciudad / de plazas soleadas y blancas” (Mutis, *Summa* 139-140). Ese guerrero en la mitad de dos tierras nos deja ver una de las funciones principales del húsar: ser el puente entre grandes ciudades y aquellas batallas que no dejan más que desolación y muerte. Del mismo modo, el hecho de que haga énfasis al señalar con su dedo la tierra desértica mientras está herido nos recuerda qué

puede hacer esa civilización a la que él mismo ayudó a llegar allá a ese nuevo territorio que han “ganado”.

La ciudad es otro de los lugares importantes utilizados por Mutis, además de ser recurrente, es otro de los lugares modernos donde todas las memorias se pierden, así lo vemos en el poema “Trilogía”: “Ni el más miserable, ni el más vicioso / ni el más débil y olvidado de los habitantes / recuerda algo de esta historia” (Mutis, *Summa* 61). Sin embargo, como se menciona más adelante en el mismo poema: “Y sin embargo el mito está presente, / subsiste en los rincones donde los mendigos / inventan una temblorosa cadena de placer, / en los altares que muerde la polilla / y cubre el polvo con manso y terso olvido” (61). De nuevo, al igual que en el hotel, vemos que la memoria persiste en esos espacios que todos han olvidado, menos el tiempo, ya que allí es donde podemos verlo manifestándose.

A pesar del nuevo lugar al que ha llegado, el húsar nunca deja de lado su pasado y sus ganas de dejar una leyenda bajo su nombre debido a la muerte honrosa a la que, se supone, está destinado:

La fábula vino después con su pasión de batalla y el brillo vespertino del acero. / «En la muerte descansaré como en el trono de un monarca milenario» / Esto escribió con su sable en el polvo de la plaza. Los rebaños borrarón las letras con sus pezuñas, pero ya el grito circulaba por toda la ciudad. (Mutis, *Summa* 54-55)

Pero lo que no ha podido comprender es que esta nueva tierra a la que ha llegado funciona diferente a como lo hace de donde viene, los valores cambian, todas las dinámicas se han transformado. Así lo explica Juan Gustavo Cobo Borda en su libro *La narrativa colombiana después de García Márquez*. Para él la historia del húsar es “la historia de un hombre que pierde sus atributos en un medio en el cual ellos terminan por carecer de sentido” (196). Todos los

valores con los que llega el húsar han cambiado por completo, sufren una transformación total. Y no solo eso, todo lo que había logrado queda en el olvido, en este nuevo lugar ya no tiene un objetivo concreto. Por eso mismo, no les queda más opción que ver pasar el resto de sus días, tratando de que estos vuelvan a tener sentido o no dejar que se pierdan con el paso del tiempo. De todos modos, el húsar no deja de pelear para permanecer “como un monarca milenario”, a pesar de todo no deja de lado su honra, aquello por lo que ha estado trabajando todo su vida, una vida llena de reconocimientos. Sin embargo, al momento después de su muerte no tiene el reconocimiento que este tanto deseaba: “Sus arreos fueron hallados en la pieza de una posada. / Más adelante, a la orilla de una carretera, estaba el morrión comido por las hormigas” (Mutis, *Summa* 57).

De todos modos, es precisamente esa carencia de sentido la que muestra la degradación de la cultura europea con la llegada al trópico, a la tierra caliente. Con la llegada de los españoles a América las relaciones de poder cambian y la forma de tener “estatus” también. Ese ascenso en la escala social es posible ahora por el poder al que pueden llegar gracias al dinero, no por sus hazañas bélicas.

Una de las principales características que identificaban a los húsares eran sus trajes, ya que eran uniformes muy ostentosos y llamativos. Sicilia describe el uniforme de los húsares húngaros de la siguiente manera: “Iban vestidos con su traje nacional lleno de bordados, encajes y cordones que luego se trasladó al *dolmán*, además de una pelliza o *pezl* de piel de lobo sobre su hombro izquierdo para cubrir esa zona de los tajos y estocadas de sus enemigos” (61). Los accesorios que estos utilizaban son uno de los mayores rasgos que utiliza Mutis para mostrar el deterioro que sufren al llegar aquí: “El mar llenó sus botas de algas y verdes fucos, / la arena salinosa oxidó sus espuelas, / el viento de la mañana empapó su rizada cabellera con la espuma

recogida en la extensión del océano” (Mutis, *Summa* 55). El mismo ambiente corroe la ropa, la desgasta, muestra el paso del tiempo y es precisamente esa una de las características primordiales del trópico: la naturaleza es imparabile. Es muy difícil salir bien librado del trato con ella, ya sea por el crecimiento de las plantas, como el ambiente oxida los objetos, e incluso afecta a sus habitantes en sus mentes por las altas temperaturas. Del mismo modo, esto nos muestra cómo ese brillo material queda opacado por la naturaleza, aquí esta es más poderosa que la obra del hombre: “Memoria del húsar trenzada en calurosos mediodías cuando la plaza se abandona a una invasión de sol y moscas metálicas” (Mutis, *Summa* 54).

Una de las características que más sobresale en el soldado y el húsar es su importancia al momento de realizar la vigilancia. Este tópico es más visible en el soldado que en el húsar, pero haré una pequeña mención aquí. De todas formas en “El húsar” se muestra cómo al húsar se le conoce en la ciudad como “arcángel de los trenes, / sostenedor de escaños en los parque, / furia de los sauces” (Mutis, *Summa* 53) Esta característica de vigilante la comparte con el personaje del poema “El hastío de los peces”. Aquí se nos muestra a un celador de transatlánticos que, al igual que el húsar, comienza a tener trabajos sin razón de ser: necesitan que “cuide de que el agua dulce no se enturbie ni el alcohol de los termómetros se evapore en la sal de la tarde” (Mutis, *Summa* 40). Por otra parte, el describir al húsar como “arcángel de los trenes” nos muestra de nuevo ese aspecto sagrado y violento en una misma figura. Así lo afirma Andrés Arteaga en su artículo “Melancolía y desvanecimiento del yo en el poema “El Húsar”, publicado en la Revista *Affectio Societatis*: “introduce la figura apocalíptica del arcángel para revestir al personaje de un carácter sagrado y bélico a su vez” (Arteaga 14). Es así como de nuevo lo vemos relacionado con los caballeros de la Edad Media, donde su relación divina y sagrada los lleva a tener que ejercer violencia.

Del mismo modo, la característica de vigilante también lo encontramos en el poema “Oración de Maqroll”: “Recuerda, Señor, que tu siervo ha observado pacientemente las leyes de la manada. No olvides su rostro” (Mutis, *Summa* 44). Una de las características de ser “desesperanzado” es la lucidez, y es precisamente ese observar el que está presente, sobre todo cómo actúan las personas del común y más esas “manadas”, como también lo veíamos en “El húsar”. Esa lucidez les permite entender cómo funciona la sociedad, además de que ellos pertenecen a una institución de poder donde una de sus principales funciones es mantener el “orden”.

Ese deterioro en las tareas, también podemos verlo en el guardián de *La mansión de Araucaíma*. Él es el perfecto ejemplo de la tensión existente entre el húsar y el soldado. Aquí tenemos otro ejemplo parecido al del celador de transatlánticos, solo que el guardián hace más énfasis en un comportamiento casi caballeresco: “Sus maneras eran bruscas, exactas, medidas y en cierta forma un tanto caballerescas y pasadas de moda” (Mutis, *Relatos* 63). Aquí podemos presenciar en acción a ese soldado que fue tan importante en su momento, pero ya no lo queda de otra que ser el guardián de una gran casa con pocos habitantes. Después de todo lo que ha logrado ya no sirve para el mundo, porque su cuerpo también se desgasta, siente el paso del tiempo y ya no es de utilidad para esa institución a la que sirvió.

Como mencioné antes, el caballo, como la espada, era uno de los elementos más importantes para el húsar y Mutis no lo deja a un lado. Durante todo el poemario se muestra al caballo como ese compañero que le da fuerza al húsar, que termina de darle esa presencia que este impone debido a su posición. Así podemos verlo en “Los elementos del desastre”: “Los guerreros esperados por años y cuya cabalgata furiosa nos arroja a la medianoche del lecho, para divisar a lo lejos el brillo de sus arreos que se pierde allá, más abajo de las estrellas” (Mutis,

Summa 46). Del mismo modo, podemos ver cómo estos guerreros pasan muy rápido, con un gran impacto, pero directo a lo desconocido donde lo más probable es que terminen muertos y nadie los recuerde.

Siguiendo con los animales, los insectos son otros de los animales recurrentes y es precisamente para seguir mostrando todo lo que hay a nuestro alrededor y dejamos pasar desapercibido: “De repente calla la música para dejar únicamente el borboneo de grueso y tibio insecto que se debate en su ronca agonía, hasta cuando el alba lo derriba de un golpe traicionero” (Mutis, *Summa* 45). En esta parte de «Los elementos del desastre» Mutis nos lleva de una gran imagen, dos camiones que hacen gran estruendo, a otra armonía más pequeña, el sonido de una vitrola, para llegar a escuchar finalmente el zumbido de un insecto. De este modo, sigue tejiendo lazos y destaca a los seres que normalmente se dejan de lado.

A pesar de todo, Mutis también muestra cómo el poder se deteriora. Los húsares comienzan a ser totalmente olvidados por ese poder que los utilizó para crear esa “civilización” que tanto deseaban, así como le pasó al guardián de la mansión de Araucaíma. Así mismo, pasan por tantas guerras que ya nadie en la historia las recuerda: “Solitario, / esperaba el paso de los años que derrumbarían su fe, / el tiempo bárbaro en que su gloria había de comentarse en los hoteles” (Mutis, *Summa* 55). En estas tierras todo es un constante “olvidar”, casi todo queda en la memoria colectiva. A estos seres no les queda más opción que ver pasar el tiempo, tratar de que sus hazañas queden en la memoria de las personas, porque lo más probable es que estos sean borrados de la “historia oficial”, así como muchos otros hechos que pudieron haber tenido lugar allí.

Por otro lado, Mutis hace gran énfasis en los territorios donde ocurrieron grandes batallas y se perdieron muchas vidas, se detiene en seres anónimos que dieron su vida para construir

aquello que se levanta, monumental, y la forma como todos pasan y frente a las huellas de la historia sin recordar lo que ocurrió: “¿Quién ve a la entrada de la ciudad / la sangre vertida por antiguos guerreros?” (Mutis, *Summa* 61). Aquí volvemos a ver por qué los recuerdos son tan importantes para un desesperanzado, muchas veces son estos los que le dan el impulso para seguir con su vida. Todo es un olvidar constante, solo queda lo que al poder le interesa, lo demás es desacreditado y no hay más remedio que repetir la historia una y otra vez.

Por esa misma razón a los húsares y a los soldados se les muestran como seres de paso, ya que cambian de lugar todo el tiempo, dependiendo de las misiones que tengan, de lo que se les ordene. Así es como en el poema “Los elementos del desastre” se nos muestran escenas comparando la pequeñez de sus personajes ante el poder de una gran institución. Una de estas escenas habla de los guerreros, seres que han pasado por diferentes tierras dejando su sangre en ellas, hazaña que ha sido olvidada.

En este punto, es importante resaltar la importancia que le da Mutis a la palabra en el sentido de que esta no deja que esas hazañas se pierdan gracias a la memoria colectiva: “Los rebaños borraron las letras con sus pezuñas, pero ya el grito circulaba por toda la ciudad” (Mutis, *Summa* 55). Es por eso que una de las preocupaciones más grandes de este autor son esas pequeñas historias individuales que la “historia oficial” deja atrás por contar los acontecimientos más generales, por eso la única forma de que sus hazañas sobrevivan es la voz del pueblo: “El húsar se confundió con el nombre de los pueblos, los árboles y las canciones que habían alabado el sacrificio” (Mutis, *Summa* 56). Resiste porque queda en la memoria colectiva, aunque esta muchas veces tampoco sabe muy bien dónde nació la leyenda. La palabra hace que lo olvidado salga a la luz: “entre el óxido de olvidadas criaturas que habitan un mundo en ruinas, una palabra

basta, / una palabra y se inicia la danza pausada que nos lleva por entre un espeso polvo de ciudades” (Mutis, *Summa* 49).

Sin embargo, hay un problema con esto y es que la palabra no termina de ser suficiente. Hay muchas cosas que no puede explicar, sobre todo los sentimientos que se tuvieron al momento de tener alguna experiencia narrada, por más que se intente no es posible. Ya muchos lo han intentado, pero solo se esfuerzan en vano para decir lo inefable:

No queda en las palabras todo el ebrio tumbo de su vida, el paso sonoro de sus mejores días que motivaron el canto, su figura ejemplar, sus pecados como valiosas monedas, sus armas eficaces y hermosas. (Mutis, *Summa* 58)

Son muchas las cosas que esconde un lugar, quién murió, el encuentro entre dos amantes, la charla de dos amigos, si alguien tomó una decisión importante allí, etc., y Mutis pone como ejemplo destacado a estos hombres que murieron en la guerra, que tienen muchos secretos y conocen muy bien cómo funcionan las relaciones de poder. Antes ser soldado tenía gran reconocimiento, el pelear por tu nación o por tu rey era de mucha relevancia y estos hombres eran honrados, dependiendo de las méritos que tuvieron en el campo de batalla: “En la paz del mediodía, en las horas el alba, / en los trenes soñolientos cargados de animales / que lloran la ausencia de sus crías, / allí está el mito perdido, irrecatable, estéril” (Mutis, *Summa* 62). Pero, como veremos con el soldado raso, estas dinámicas cambian totalmente. Mutis llamará a esta transformación la “Maldición del soldado” (Mutis, *Summa* 46).

Capítulo II

La figura del soldado, a diferencia de la del húsar, podemos encontrarla tanto en la prosa como en la poesía de Mutis. Esto se debe a que Maqroll el Gaviero, uno de los personajes más importantes del autor, por lo general llega a lugares donde la única autoridad oficial que hay es el ejército. En este caso, enfocados en la poesía, vemos que Mutis hace uso de la figura del soldado, específicamente del centinela, así mismo crea imágenes usando objetos militares al igual que se vale de un lenguaje militar.

Trabajos críticos sobre la figura del soldado casi no se encuentran, pero se mencionan referencias sobre la figura arquetípica del guerrero, sometido a la disciplina castrense, en algunas ocasiones, cuando se hace referencia a los hombres de guerra. Ese es el caso de *Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la Independencia de la Gran Colombia* (2010) de Matthew Brown. Este libro hace un estudio de los extranjeros que vinieron a combatir en las guerras de Independencia, en particular en la Gran Colombia. Es así como hace repaso de diferentes archivos de la época –libros, cartas, crónicas, artículos, entre otros– para saber cómo fue la migración de extranjeros, en particular irlandeses a Colombia para apoyar las independencias latinoamericanas. Esto es importante mencionarlo porque, como vimos en el capítulo anterior, el húsar que nos presenta Mutis es un francés que termina en estas nuevas tierras. La llegada de todos estos extranjeros explica por qué pudo este húsar terminar aquí. Como menciona Brown citando a otra autora:

Mary Louise Pratt argumenta que los viajes de Europa a América Latina crearon espacios sociales donde las culturas pudieron encontrarse, colisionar y lidiar una con la otra; de donde, en el período de la Independencia, las ideologías europeas y la «vanguardia del capitalismo» salieron generalmente triunfantes. (22)

Esto nos lleva a seguir la línea expositiva del argumento que habíamos desarrollado en el capítulo anterior: la relación entre la Revolución francesa con las independencias latinoamericanas. La razón por la cual Napoleón incorpora a España en su imperio se explica en el libro *Napoleón y la independencia* (2007), compilación y edición de Ernesto Carriozza. Bonaparte decide integrar a España en su imperio para impedir una intervención inglesa. Al tener este nuevo territorio tenía acceso a Portugal y así tiene una salida directa al océano para poder combatir a los ingleses. El 2 de junio de 1808 Bonaparte proclamó a su hermano José Bonaparte rey de España y de las Indias. Esto provocó que el pueblo español reaccionara e iniciara rebeliones contra el nuevo imperio en defensa de su rey Fernando VII. En un primer momento “fue unánime el apoyo irrestricto de los cabildos y juntas de vecinas en América al rey Fernando, el repudio al nuevo monarca instaurado por Napoleón y el apoyo a la junta de Sevilla como representante de Fernando VII” (Carriozza 59). Sin embargo, tiempo después, con la guerra que se desató en España, “Los independentistas habían aprovechado la lucha en la Península contra la ocupación francesa y la división política del pueblo español para iniciar su insurrección contra las autoridades que los habían regido durante tres siglos” (Carriozza 11). Los criollos aprovechan esa oportunidad, y más tarde tienen apoyo de los ingleses para completar su ejército y combatir contra los españoles.

Es así como los ejércitos independentistas empiezan a contar con ayuda de extranjeros que llegan a estas tierras en busca de un nuevo comienzo: “Muchos de los aventureros vieron su servicio militar o naval como un medio de obtener concesiones de tierras y premios que les permitieran comenzar nuevas vidas” (Brown 37). Esto se debe a que “Los ejércitos británicos y español eran entendidos como una forma de emigración subsidiada” (Brown 46). Esto explica por qué la mayoría de extranjeros que llegaban eran desde abogados hasta artesanos de todos los

campos. Brown relata que muchos de los que llegaban eran veteranos de guerra o soldados que habían sido dados de baja del ejército por enfermedades que habían adquirido en las campañas. Del mismo modo, caballeros capitalistas de Londres vieron en la Gran Colombia una gran oportunidad económica, su objetivo principal era el comercio de armas, viendo en estas tierras nuevas oportunidades de comercio, sitios privilegiados donde podían invertir su capital.

A estas personas que vinieron a ser parte de las tropas independentistas Brown los denomina “aventureros”, ya que estos debían enfrentarse tanto a la naturaleza nueva como a los enemigos para así tratar de lograr reconocimiento y honor. De este modo, estos aventureros fueron los cronistas más importantes al experimentar de primera mano todos los cambios que sucedían en el momento. Por esa razón, muchos de ellos terminaron siendo los agentes efectivos de los inversores en este nuevo paisaje y territorio todavía desconocido y se invirtió en grandes expediciones botánicas como lo fue la de Alexander von Humboldt y José Celestino Mutis – antepasado del propio Álvaro Mutis–. Por medio de estas expediciones no solo se quería conocer más sobre esa naturaleza tan diferente y poco estudiada hasta el momento, también:

Las publicaciones que sobre su viaje (...) hizo el gran naturalista Alejandro Humboldt a su regreso a Europa, son un valioso documento para la apreciación del estado en desarrollo de los dominios españoles en América inmediatamente antes de los movimientos independentistas. (Carriosa 15)

Todos estos elementos se unificaron para encontrar en América un nuevo comienzo después de todos los cambios que se dieron en Europa, sobre todo para esos militares que ya no tenían mucho que hacer en el Viejo Mundo, teniendo en cuenta que las guerras napoleónicas habían llegado a su fin. Por otra parte, como bien nos lo ha mostrado Mutis, en el meridiano de la desesperanza, el propio del mundo americano, las cosas ya están predispuestas para el fracaso y

el deterioro de todos los planes que se tenían al llegar aquí parecen estar condenados de manera irremediable.

En este capítulo me concentraré en la lectura del poemario *Los trabajos perdidos* (1965). Este título es importante ya que aquí se nos muestran realidades que se han perdido, sobre todo los trabajos marginales y aquellos hechos que no quedaron en la historia oficial y se han ido olvidando debido a la pérdida de la memoria colectiva e individual a lo largo del tiempo. En el caso de los militares esto tiene una resonancia particular, ya que ellos perdieron de manera irremediable el honor y el reconocimiento que se supone venía con su servicio. Además, es precisamente en este poemario donde se nos presenta por primera vez la imagen del soldado. Recordemos que en este periodo se vio cómo personas mestizas o negras lograron llegar a altos mandos en el ejército. Sin embargo, Mutis no se detiene en esos personajes reconocidos, él va en busca de esas voces olvidadas y que encuentran su definición vital en el fracaso. Debido a lo anterior, este capítulo estará centrado en desarrollo del concepto de “deterioro” planteado por Consuelo Hernández en su libro *Álvaro Mutis: una estética del deterioro* (1995). La autora define el concepto como:

una fuerza resultante de la usura del tiempo que va trabajando sin medida ni término a hombres y mujeres, desgastando no solo su cuerpo sino sus más preciosas esencias emocionales y espirituales. Es la fuerza que va comiendo, digámoslo así, a todo ser viviente. (196)

Y es precisamente ese deterioro el que nos muestra este poemario a través de las imágenes, personajes y lugares que nos presenta. Del mismo modo, esta idea se complementa con el concepto de “descomposición”, propio de la naturaleza, tema también desarrollado por

Hernández, y que complementa al concepto principal. Estos los explicaré a medida que se desarrolle el capítulo.

Otro de los conceptos importantes que debemos tener en cuenta es el de la “miseria”. Guillermo Sucre escribió un ensayo sobre la poética de Mutis y precisamente lo tituló: *El poema: una fértil miseria* (1975). Sucre define la miseria como “la indigencia acompañada del deseo, que solo se reconoce como deseo; es también un comportamiento y una sabiduría: crea la resistencia en medio de la precariedad, percibe el esplendor sin buscar su gratificación” (329). Es precisamente esa “resistencia en medio de la precariedad” lo que define de manera medular la personalidad del soldado en Mutis.

Esta miseria está totalmente relacionada con el deterioro que se vive en la tierra caliente. Es por eso que, al igual que el húsar, el soldado también se muestra desplegando su naturaleza en el deterioro, así este logre saber cómo enfrentar su situación. Esta es una de las grandes diferencias entre el soldado y el húsar: el húsar siempre tratará de volver a la gloria en la que vivió, mientras que el soldado ya sabe cuál va a ser su destino en el olvido. Por otra parte, es importante tener en cuenta que cuando Mutis hace referencia al soldado, se refiere específicamente al centinela. Aquí vemos una relación directa con el húsar, ya que ambos son vigilantes, su trabajo principal es observar constantemente lo que los rodea.

La importancia de la vigilancia se debe a que una de las características del desesperanzado es la lucidez, esta permite ver de una manera consciente cómo funciona la sociedad en la que se encuentran. Además siempre se muestra al soldado realizando el trabajo por la noche, lo que dificulta más el observar y hace que este sea más diestro en su trabajo. Esa es una de las razones que he encontrado por la cual Mutis eligió precisamente estas dos figuras: ambas cumplen con el papel de vigilar y estar al frente de las batallas, comunicando a los

mandos más altos lo que pueden observar frente a sus enemigos, esto hace que estén en un peligro constante, lo que hace que tengan una relación más directa con la muerte –otra de las características de los desesperanzados– y del mismo modo los deja en ese azar de no saber si su nombre será recordado o no.

Por otra parte, en “Cada poema” se nos habla de un centinela ciego: “Cada poema nace de un ciego centinela / que grita al hondo hueco de la noche / el santo y seña de su desventura” (Mutis, *Summa* 94-95). Tener la imagen de un centinela ciego es poner todo el énfasis en lo implacable que resulta el perder la herramienta más importante que tenía para su trabajo. Además, podemos ver que Mutis lo sitúa en la noche, donde posiblemente solía trabajar, ya que es en este momento cuando los trabajos marginales se llevan a cabo –recordemos cómo estas figuras siempre están entre la naturaleza, en medio de la noche en su momento de vigilancia, al igual que los demás personajes con los que trabaja el autor: el celador, los marinos, la inquilina del hotel, entre otros–. Pero es precisamente en ese espacio de frustración y fracaso donde nace el poema, en ese lugar que parece estéril Mutis ve el momento que mejor muestra la condición humana en su desnudez esencial. Así lo explica Sucre: “La poesía es una miseria, pero que revela otra más especial y este es quizá su modo de encarnar la verdadera realidad” (330). Del mismo modo, podemos ver esa ceguera como la obligación de comenzar a ver su entorno de otra forma, más clara y transparente, lo que llevaría a la lucidez. Así mismo, se nos muestra el grito como un código, no obstante se lo está gritando a la nada, no hay receptor específico. Hernández en el apartado que, precisamente, denominó “enfermedad” habla de cómo “puede ser, paradójicamente, una experiencia útil y necesaria para el aprendizaje de la vida. Ella permite matar el deseo y esta libertad abre el mundo de las posibilidades” (200). Recordemos que el ser

desesperanzado significa “no esperar nada”, dejar que todo se dé para así poder vivir cada instante más fuertemente.

Siguiendo con la figura del centinela ciego, esta nos recuerda a la figura del exiliado, esa que también tiene tanta importancia y centralidad en la obra de Mutis. Esto se debe a que su obra está llena de seres que no pertenecen al lugar donde se encuentran. Estas voces son huérfanas, además de que siempre son silenciadas por los altos mandos. Esto se encuentra en relación directa con la forma como Guillermo Sucre muestra el yo poético de Mutis como “un receptor de voces: secretas pero también inmediatas; fantasmales y vivas (...). Voces malditas o inocentes, víctimas o cómplices, todas ellas van formando el enjambre sonoro, oscuro y también luminoso” (321-322). Mutis le da vida a esa “realidad otra” que la mayoría de las veces se pasa por alto o simplemente no se quiere recordar. Hernández se refiere al exiliado como “una de las condiciones más desesperanzadoras del ser humano” (212), ya que allí se pierde el lugar de origen, el lugar que se conoce; llegan a ser rechazados por el mismo grupo de personas al que alguna vez pertenecieron. Por otro lado, Hernández, hace la siguiente reflexión:

Esta condición de exiliado la comparten otros personajes que, en todos los casos, son mujeres y hombres que están de paso, que no son «de allí», no conservan contacto con el lugar de origen, ni tienen ningún destino fijado, se encuentran como «estancados en el placer de un viaje interminable». (*Deterioro* 213)

Es así como los personajes de Mutis se están moviendo constantemente, ese movimiento les permite no aferrarse a las personas u objetos, les hace más cercana la comprensión del hecho de que todo eso es efímero, lo cual les facilita cada vez más seguir con ese viaje sin término. Así se afianza cada vez más ese sentimiento de “no esperar” del que nos habla Mutis.

Para Sucre, los personajes de Mutis son protagonistas que comparten el mismo *virtus*. Los rasgos de esa *virtus* son: la crítica y el desdén por la historia como poder, la infamia, la rebelión y la obediencia. Como podemos ver el soldado cumple con estas características. Además, para completar la idea de Sucre, este sostiene que a todos los personajes los une que son “seres que se consumen en su propia energía” (324). El soldado vive en un viaje interminable, uno donde no sabe qué pasará después, así como les sucedió a algunos de los aventureros que llegaron a América.

Otro de los personajes que podemos encontrar en el poemario es a Matías Aldecoa, ya que Mutis lo convierte en protagonista en uno de sus poemas: “La muerte de Matías Aldecoa”. Este fue un heterónimo que utilizó el poeta colombiano León de Greiff. Este se encuentra, sobre todo, en *Libro de relatos*, en el cual encontramos tres relatos escritos por Aldecoa. Al leer los relatos podemos encontrar varias semejanzas con la obra de Mutis, de ahí la razón por la que pudo escoger a este autor (Aldecoa) para mostrar su muerte. Su calidad de viajero implica que su característica más recurrente es su constante movimiento –al igual que varios personajes de Mutis–. Su relación con la naturaleza es bastante importante, todo el tiempo hace énfasis en la conexión que se debe tener con esta y, sobre todo, que se le debe escuchar todo el tiempo y recibir con las manos abiertas toda la sabiduría que da. En el segundo relato podemos encontrar una estrofa que muestra a lo que me refiero: “Legítimas estrellas, / auténticas estrellas el fugado crepúsculo regó / sobre la sien del zahareño solitario, / sobre el raso fugaz del viejo río, / y desde el estuche de terciopelo de la Noche encendida” (Greiff 32). Esta estrofa nos lleva a la importancia que le da a la naturaleza al estar en constante comunicación con el viajero, ya que esta es la única que se encuentra con él la mayoría del tiempo. Estos relatos nos hacen una invitación a volver al origen, a la naturaleza primitiva: “¡admirad el espectáculo fresco, / lejos de

alquimias, probetas y redomas / y gases pestilentes!” (Greiff 25). Es así como también nos hace una invitación a no solo “ver” la naturaleza, también debemos darle importancia a la sonoridad de la misma, debido a que así se puede tener una conversación con ella.

Ahora, regresando al poema de Mutis “La muerte de Matías Aldecoa”, esta pieza lírica muestra el cadáver de Aldecoa, y hace énfasis en que no estuvo en grandes batallas europeas o incluso en momentos históricos importantes como la batalla de Ayacucho. Solo estuvo tratando de ganarse la vida en Colombia, en pequeños lugares que no serán recordados, todo se irá perdiendo con el paso del tiempo: “confundidas ya en un último / relámpago de nostalgia, / y, luego, nada” (Mutis, *Summa* 81). A pesar de que el soldado tiene una pequeña posibilidad de quedar en la memoria histórica o colectiva porque él sí pudo estar en un momento histórico importante, la más probable es que el destino de Aldecoa termine siendo su propio destino debido a que los altos mandos los dejarán de lado. Estos seres siempre son silenciados por sus superiores, ya que son vistos como un colectivo, no como individuos. Así mismo, se olvida que gracias a ellos fue que sucedieron los triunfos, por lo que tanto se vanaglorian los que estuvieron al mando, como si estos comandantes fueran casi invencibles por sí mismos. De todas formas, estas figuras de poder en la jerarquía siempre son olvidadas, la memoria no existe: “Todo torna a su sitio usado y pobre” (Mutis, *Summa* 100). Después de la muerte no queda “ni cosa alguna memorable” (Mutis, *Summa* 82). Es por esta razón que Sucre muestra como otra de las características del yo poético de Mutis es el ser un cronista espiritual, esto se debe a que Mutis lo que hace es mostrar el espíritu de una época, no quiere recrearla en sus detalles históricos, sino entenderla en su esencialidad. Por esa razón, en otro de los relatos de Aldecoa, vemos el desprecio que este le tiene a ciudad, a ese lugar que representa el “progreso”. En un primer momento nos dice: “Vago otra vez por los caminos amarillentos que zig-zaguean hacia

recónditos pueblucos encantadores de paz y de silencio” (Greiff 23). Para después referirse también con dureza a la ciudad “retorno a la ciudad, a la ciudad numerosa, / retorno a la ciudad unánime, a la ciudad atónita: / y me invaden de nuevo todas las amarguras / que entristecieron mi estirpe melancólica” (Greiff 23). Remitiendonos al hecho de que estos aspectos de una civilización avanzada solo trae miseria y deterioro.

Estos y otros elementos nos muestran la razón por la cual Mutis eligió precisamente a Aldecoa para mostrar qué pasará cuando llegue la muerte, ya que muestra características de un desesperanzado. Otra de las características la encontramos en el primer relato. Aldecoa está en medio de cafetales y este se refiere a ellos como buenos lugares, ya que “parlar es grato en el Café” (Greiff 24). En esa parte específica del relato, se refiere a cómo es bueno desahogarse en un cafetal, sacar los pensamientos de la mente así sea hablando solo, otra de las características, como hemos visto de un desesperanzado. Del mismo modo, en un momento se refiere al “Cansancio febril y delicioso (pues embota el absurdo deseo de pensar y de inquirir)” (Greiff 23) el cual podemos ver relacionado directamente con la enfermedad –tema que desarrollaremos más a fondo junto con el de la ironía en el siguiente capítulo–. Del mismo modo, Aldecoa se denomina como exiliado, al igual que un soldado, además lo complementa con el hecho de que canta historias a medida que viaja: “fenámbulo trovero fantasista” (Greiff 29). Sin embargo, Aldecoa hace más énfasis en el sarcasmo y la burla, porque sabe que todos lo ven como un loco, sabe que es incomprendido: “Yo me fugué por la ruta pirática, / por la sesga derrota aventurera” (Greiff 79). Sabe que el camino que ha tomado no es elegido por muchos.

Como una de las características del desesperanzado es su cercana relación con la muerte, vemos que este poemario nos muestra la mejor manera de recibirla: tener presente que va a estar con nosotros siempre. En el poema “Cita” nos muestra cuál es la mejor forma de recibirla, lo más

importante que frente a ella se debe tener en cuenta: “pero al cabo es en nosotros / donde sucede el encuentro / y de nada sirve prepararlo o esperarlo. / La muerte bienvenida nos exime de toda vana sorpresa” (Mutis, *Summa* 88). Y es precisamente con la muerte siempre presente con la que deben vivir los soldados. Con relación a esto Sucre habla de la “Ley de la manada”, que se menciona en el poema “Oración de Maqroll”: “Recuerda, señor, que tu siervo ha observado pacientemente las leyes de la manada. No olvides su rostro” (Mutis, *Summa* 44), es decir: la ley de la muerte. Esto se debe a que “la muerte que lo degrada todo, pero que le otorga a todo su exacta realidad” (Sucre 325), es el rasero con que se mide el destino de todos los hombres, en especial el soldado, el gran desesperanzado. Es así como la existencia de Dios, la Historia, el Poder y la Gloria se vuelven insignificantes ante la muerte. Esto, según Sucre, muestra un doble engaño: por una parte, “figuran una trascendencia o un sentido superior que no existe” (325) y, por otra parte, “hacen vivir, no la vida misma sino la confianza –la seguridad– de creer que se está viviendo” (325). Esta es la realidad en la que la mayoría de personas vive, pero un desesperanzado logra ver la mentira con claridad y la desnuda.

Por otra parte, Hernández nos muestra el otro lado de la muerte siendo “donde resalta más aguda y claramente la transformación” (216), ya que esta transforma el curso de lo que venía aconteciendo al darnos más perspectivas de la realidad: “Maqroll, que ha observado la muerte en tantas ocasiones y tan de cerca, puede criticar la vida con justeza, pues ya su espíritu es vasto y sabio para arriesgarse a develar los defectos del lado opaco de la vida” (Hernández, *Deterioro* 214). Por esa razón, en este momento podemos pensar en comparar al soldado desesperanzado y la naturaleza de tierra caliente con la flor silvestre a la que se refiere Clarice Lispector en una de sus crónicas publicadas en el *Jornal do Brazil* del año 1968. En la crónica titulada «*Rosas silvestres*», explica la particularidad de la rosa: “a medida que envejecen

perfuman más. Cuando están por morir, ya alejándose, el perfume se vuelve fuerte y dulzón (...). Están muertas, feas, en lugar de blancas se ven amarronadas. Pero ¿cómo tirarlas si, muertas, tienen el alma viva?” (Lispector 84). Así es como un desesperanzado puede vivir esa cercanía con la muerte, ya que ese deterioro o miseria que debe experimentar constantemente solo le da más capacidad para vivir realmente.

Siguiendo con el Mutis cronista que presenta Sucre, esa faceta le permite al autor mostrar la perspectiva de la individualidad, la cual trabaja varias veces en sus poemas, porque la historia oficial deja afuera demasiadas cosas. Una de ellas es la individualidad de cada uno de los seres que están más abajo en la jerarquía. Así nos lo muestra el poema “«Un bel morir...»”: “Todo irá desvaneciéndose en el olvido / y el grito de un mono, / el manar blancuzco de la savia / por la herida corteza del caucho, / el chapoteo de las aguas contra la quilla en viaje, / serán asunto más memorable que nuestros largos abrazos” (Mutis, *Summa* 86). Aquello que se recuerda son los hechos característicos de la experiencia humana: la contemplación de la naturaleza en todo su poder, y ante la que los sentimientos y emociones humanas se olvidan. Lo que verdaderamente debe recordarse lo que atesora Matías Aldecoa: esos instantes que hacen propio e individual el evento que se vivió.

El tiempo puede arrasar con cualquier cosa. En la primera Sonata que se encuentra en el poemario, se muestran las imágenes de cómo trabaja el tiempo sobre la materia. Una de estas imágenes nos sumerge en nuestra lectura, el tiempo opera: “como óxido en las armas de caza” (Mutis, *Summa* 101). Ni estos objetos tan poderosos al accionarlos, y que acaban con tantas vidas en un breve momento se salvan de la corrosión del tiempo, de su poder omnívodo.

Algo interesante que encontramos en este poema, “«Un bel morir...»”, es cómo Mutis menciona distintos sucesos importantes en la historia de Colombia: la llegada de los españoles a

América, la modernidad, y la explotación de los indígenas en el Amazonas por la industria del caucho. Todo esto relacionado con este hermoso morir que llegó con los españoles, que decidió el deterioro progresivo que ha habido en estas tierras desde entonces, donde la mezcla de culturas y razas ha dado como resultado la fértil miseria. Es así como Mutis nos muestra que la forma de ser victorioso en estas tierras es primero fracasando: “La noche que respira / nuestro pausado aliento de vencidos / nos preserva y protege / «para más altos destinos»” (Mutis, *Summa* 80). De nuevo la noche es compañera de estos seres, así como lo es el papel de los soldados, protegiendo y vigilando, es una actividad que forma parte de la vida cotidiana en estas tierras. Del mismo modo, nos recuerda que su posición de olvidados los llevará a experimentar cosas que muchas otras personas del común, y que pertenecen a la cotidianidad, no podrán experimentar.

Uno de los primeros acercamientos que se tiene con la figura del soldado en la poesía de Mutis, es el uso que este autor hace de imágenes militares. Estas imágenes muestran la miseria y, sobre todo, la desesperanza de los lugares donde los textos se desarrollan. En “Grieta matinal” se nos muestra cómo trabajar la miseria. Para mostrarnos dónde encontrarla, Mutis hace una lista de imágenes. Una de esas imágenes es de un gran poder metafórico: “el vaso de latón que mide la sopa en los cuarteles” (Mutis, *Summa* 85) Es interesante ver aquí cómo Mutis nos está refiriendo específicamente al vaso de latón con el que se sirve la comida a los soldados. Fija nuestra mirada es ese objeto que damos por hecho debe estar ahí, en el que nadie se fijaría o pensaría en él, ni siquiera en apariencia alguno de los personajes que tanto aparecen en su obra. En el poema “La muerte del Capitán Cook” el personaje recuerda instantes de su estadía en distintos lugares que ha visitado, no los actos que realizó allí. En un momento se menciona: “Cuando le preguntaron cómo era Bélgica, estableció la relación entre el debilitamiento del deseo ante una mujer desnuda que, tendida de espaldas, sonrío torpemente y la oxidación intermitente y progresiva de ciertas

armas de fuego” (Mutis, *Summa*, 92). Las armas oxidándose son una imagen recurrente en la poesía de Mutis. Esta podemos verla como una forma de mostrar que la naturaleza inclemente siempre podrá deteriorarlo todo con ayuda del tiempo, incluso en este sitio, que no está situado en la tierra caliente y malsana del Trópico sino en la distante Europa.

Esto nos lleva de regreso a la miseria. Esa que es necesario cultivar, trabajarla. Pero no se puede hacer de cualquier manera. Esto es algo bastante privado, además de que su naturaleza no puede ser mostrada en cualquier momento. Así lo vemos en el poema “Grieta matinal”: “No mezcles tu miseria en los asuntos de cada día. / Aprende a guardarla para las horas de tu solaz / y teje con ella la verdadera, la sola materia perdurable / de tu episodio sobre la tierra” (Mutis, *Summa* 85). Ese lograr algo perdurable es lo que quiere conseguir el húsar, y estos soldados podrán hacerlo si pueden hacer uso de su miseria, dejar la memoria que tantas veces se pierde y le preocupa a tantos. Sin embargo, uno de los principios para ser desesperanzado, es no esperar nada y trabajar esa miseria en la soledad.

La miseria, que solo algunos comparten, no se puede divulgar a toda voz, tiene que ser algo reservado: “Aprende a reconocerla entre todas, no permitas que sea familiar a los otros / ni que la prolonguen abusivamente los tuyos. / Que te sea como agua bautismal / brotada de las grandes cloacas municipales, como los arroyos que nacen en los mataderos” (Mutis, *Summa* 85). Así como no puede salir del círculo, esta debe ser utilizada como algo sagrado, de ahí que la compare con agua bautismal, pero no llega de cualquier lado, llega de los sitios que todos los otros habitantes de las regiones evitan: cloacas y mataderos. Además, uno de estos sitios es un lugar de muerte, igual a aquel donde pasan sus días el húsar y el soldado. De todos modos, sigue siendo agua que los purificará de formas distintas, perfectas para forjar esos grandes destinos.

Es así como el cultivar esta miseria les da la oportunidad de dejar su legado, la huella de su paso por la tierra. Esto deben hacerlo por medio de la palabra oral, ya que dejar testimonios escritos está totalmente vetado para estos seres. En el poema “Canción del este” podemos ver que incluso ellos son tocados por el tiempo: “Como agua de acequia, el tiempo / cava en ti su manso trabajo, / de días y semanas, / de años sin nombre ni recuerdo. / A la vuelta de la esquina / te seguirá esperando vanamente / ese que no fuiste, ese que murió / de tanto ser tú mismo lo que eres” (Mutis, *Summa* 107). No se puede escapar de él, a pesar de todos los esfuerzos que tantos hacen a diario para evitar lo que a todos nos va a llegar en algún momento, la muerte.

La palabra y la memoria colectiva son muy importantes, porque esa historia oficial solo deja registro de algunos pocos hechos, mientras que los que verdaderamente lucharon en la batalla o pudieron presenciarla saben qué sucedió allí. Por eso muchas veces las canciones o historias populares no coinciden del todo con esa gran historia. Y es en esa palabra donde muchos se apoyan para que sus grandes hazañas no sean olvidadas.

Es importante mencionar que ese constante recordar, en la obra de Mutis, es hecho posibilidad activa por el agua, esa que se muestra tanto como la purificadora como la arrasadora de todo lo que esté a su paso. Del mismo modo, puede ser aquella que deja visibles objetos o cuerpos que alguien quiso que permanecieran escondidos o enterrados. Es por eso que el agua también trae recuerdos, lucha o se vincula con el paso del tiempo que todo lo esconde y lleva al olvido.

La última sección del libro *Summa de Maqroll el Gaviro* se titula “Poemas dispersos”. Allí hay un poema titulado “Ponderación y signo del tequila”. Mutis nos presenta el tequila como “alivio a la desesperanza” (Mutis, *Summa* 303). Es tal la cercanía que tiene Mutis con los guerreros que sabe la importancia que el alcohol puede tener para ellos. Incluso es comparado

con un vigilante: “el tequila nos avista con sus verdes ojos de prudente centinela” (Mutis, *Summa* 304). Muchas veces lo que ve un hombre en batalla lo persigue hasta el final de sus días, y es la embriaguez, en este caso la del tequila, el que lo ayuda a sobrellevarlo, a olvidar sus penas y, sobre todo, a nublar su vista.

Todo esto nos deja entrever cómo el soldado está en la mitad de dos polos: por un lado es marginalizado y por otro pertenece a una instancia de poder. Sin embargo, el que el soldado vaya escalando esa jerarquía hace que olvide de dónde viene, qué fue lo que vio, además de que ya estará más entrenado en este olvido voluntario. De todos modos, vemos que no siempre se cumple con la promesa de tener reconocimiento y honor por el servicio que prestan a ese Poder al que pertenecen, así como les sucedió a los aventureros que llegaron a Latinoamérica o al mismo Húsar que nos presenta Mutis. Así nos lo deja ver el tercer poema titulado “Sonata”: “Pero vas aprendiendo a resignarte y a dejar que / otro poco tuyo se vaya al fondo definitivamente” (Mutis, *Summa* 109). Son pocos los que logran mantener su posición de desesperanzados, al seguir con resignación y valentía “Las leyes de la manada”.

Capítulo III

El poemario *Reseña de los Hospitales de Ultramar* (1973) nos muestra en la voz de Maqroll el Gaviero las consecuencias del deterioro del trópico hundido en una modernidad fallida. Este poemario comienza con una introducción sobre qué son los Hospitales de Ultramar para Maqroll: “todos esos pasos que da el hombre usándose para la muerte, gastando sus fuerzas y bienes para llegar a la tumba y terminar encogido en la ojera de su propio desperdicio. Esos eran para él sus Hospitales de Ultramar” (Mutis, *Summa* 115). La enfermedad es el estado de degradación en el que la mayoría de personas terminan sus últimos días de vida. Dicho estadio de la experiencia humana se caracteriza por el dolor corporal, el lamento y la ausencia de voluntad. Tal es la naturaleza de este estado agónico que, en muchas ocasiones, se recibe a la muerte como un regalo para descansar de la existencia.

A pesar de que el poemario no hace evidente la figura del húsar o el soldado, sí notamos cómo Maqroll, protagonista del poemario, se mueve constantemente en el mismo contexto y ambiente natural en el que lo hacen los soldados y los húsares de antaño. El ejemplo más obvio lo encontramos en el poema “En el río”. Allí Maqroll “Se perdió en los páramos recorridos por un viento que empujaba semillas y grandes hojas vestidas de una tibia pelusa nacarada. Una patrulla militar lo rescató de la muerte, cuando se había encogido entre las rocas en busca del calor de su propia sangre que apenas circulaba ya por su cuerpo escuálido y tostado por el sol de la cordillera” (Mutis, *Summa* 125). Así mismo en la narrativa de Mutis, a lo largo de sus novelas y relatos, Maqroll siempre está tratando con militares, la única extensión del Estado que hace presencia en estos lugares olvidados. Otra de las menciones del soldado la encontramos en el poema “Moirologhia”. Aquí se nos dice qué pasará con el cuerpo después de la muerte: todo seguirá, la materia se transformará y hará parte del entorno, lo que desaparece es la conciencia.

En un momento del texto el poeta dice de manera expresa que el cuerpo será “como centinela sin órdenes ni armas” (Mutis, *Summa* 145). Esto nos recuerda qué es el soldado: una herramienta más para cumplir el objetivo de alguien. Es decir, un pedazo de materia más en el entorno. En el artículo de Andrés Arteaga, “Melancolía y desvanecimiento del yo en el poema “El Húsar” (1953) de Álvaro Mutis”, se menciona: “El húsar no tuvo nunca un nombre, su ser le daba su nombre, es decir, era un húsar nada más” (19). Precisamente esto es lo que sucede con el soldado también. Son solo parte de un gran grupo, todos marcados por un número o una posición, no hay una verdadera individualidad allí.

El primer poema que compone dicho poemario es “Pregón de los hospitales”. Aquí se nos da la bienvenida a este nuevo lugar, en un tono irónico y lleno de festividad: “¡Escuchen el amortiguado paso de los ruidos lejanos, que dicen de la presencia de un mundo que viaja ordenadamente al desastre de los años, / al olvido, al asombro desnudo del tiempo!” (Mutis, *Summa* 117). Esa bienvenida nos adentra a este mundo moderno donde se repiten errores del pasado, en especial por creer que todo es nuevo y del concepto historicista del “progreso”: ese viaje fatal, lleno de clasificaciones falsas, de olvido y encaminado al desastre. Del mismo modo, se hace un énfasis particular sobre el hecho de cuál es el objetivo central en este mundo: atesorar bienes materiales, sin tener en cuenta que estas irán desapareciendo a medida que pasa el tiempo. Esa noción del mundo moderno, presente en la obra de Mutis, nos lleva al nihilismo o, como diría Consuelo Hernández en su artículo “Razón del extraviado: Mutis entre dos mundos”, el “sin sentido”:

la conciencia del «sin sentido» de la modernidad que tiene Mutis, engendra en la obra por lo menos dos posiciones extremas: una de vuelta al pasado conservador de la tradición como una posibilidad de estructura sistemática que interprete, organice y devuelva

significación al presente. La otra la posición más común de Maqroll, quien se interroga, duda, se acomoda y cae a veces en un escepticismo o en un nihilismo nefasto, en busca de un orden que no mide riesgos. (Hernández, *Extraviado* 72)

Es así como estas posiciones revelan por qué Mutis nos presenta de esa forma irónica el poemario: estamos en un momento donde el olvido es constante en la vida diaria y ese vuelco al pasado conservador e idealizado está cada vez más perdido. Los personajes de Mutis, al igual que el Mutis de carne y hueso, están seguros que el viaje de la modernidad encaminado al desastre es inminente.

Por otra parte, el desastre de la modernidad también lo vemos encarnado en el concepto de miseria, propuesto por el crítico Guillermo Sucre, pero aquí dicho concepto tiene ciertas connotaciones positivas. Por ejemplo, en el poema “La cascada” vemos a Maqroll lavando sus heridas en las aguas. En el poema, Maqroll, alejado de todo, ve una oscura mariposa: “apareció de repente y con su torpe y lento vuelo comenzó a medir el paso de las horas, chocando a menudo contra las lisas paredes o parándose en la blanca arena del piso, recogidas las alas hasta semejar el perfil de un hacha oxidada” (Mutis, *Summa* 126). Hagamos remembranza, esta mariposa lanosa también ya la habíamos visto en el poemario *Los elementos del desastre* en el poema “Hastío de los peces”, y allí también se nos presentaba como un símbolo “de la más vasta miseria” (Mutis, *Summa* 40). En el poema “La cascada”, percibimos una imagen donde la miseria (la mariposa negra) a pesar de su precariedad sale de una cueva donde estaba atrapado Maqroll, es decir, la miseria, su fiel compañera, termina salvándolo. En otras palabras, la miseria, en la obra de Mutis, es un símbolo de la resistencia: la miseria se resiste a desaparecer, se resiste a ser eliminada sin importar las intervenciones (para bien o para mal) que intentan modificarla, como bien lo explica Sucre: “crea la resistencia en medio de la precariedad, percibe

el esplendor sin buscar su gratificación” (329). Así mismo, vemos cómo esta aparece de repente, sin dar señales de su llegada y, además, se asemeja a un hacha oxidada, llevándonos, de nuevo, a recordar la potencia del trópico en deshacer todo aquello que se adentra en él. Por otra parte, esta idea de la mariposa la podemos relacionar con el trabajo de Consuelo Hernández. Ella en su libro estudia a los insectos en la obra de Mutis, debido a la constante presencia de estos pequeños animales –como ya lo había mencionado en el primer capítulo–. Estos son importantes no solo porque son una característica esencial del trópico, sino porque “Se trata del trópico simbolizado por un diminutivo (mosquito, insecto). Mediante ese diminutivo se revela el trópico con sus características de agresión, de insalubridad que mina los cuerpos y desestabiliza la mente” (Hernández, *Deterioro* 236). Esto nos remite a la mariposa y el efecto que estaba produciendo sobre Maqroll en ese momento cuando se pierde física y mentalmente y, posteriormente, es salvado por la misma enfermedad, la misma miseria que representa la mariposa. Hernández afirma: “Paradójico, por cierto, que sea el más diminuto de los animales el que caracterice una tierra supuestamente exuberante y de excesos” (Hernández, *Deterioro* 236). Es así como también podemos referirnos al tono irónico con el que Mutis comienza este poemario, todo el trópico está lleno de absurdos y paradojas y podemos empezar a verlo desde la imagen que este proyecta ante los ojos de los que están afuera.

El poemario nos acerca al destino que todos tendremos de una u otra forma: la muerte. El poemario aquí estudiado hace énfasis en los Soberbios, aquellas personas que hacen todo lo posible por no morir debido a lo apegados que están hacia sus bienes materiales. Por esa razón, estos personajes son los dueños de muchas tierras, grandes empresarios, políticos, entre otros. Es así como en “El hospital de los Soberbios” se ven todas las enfermedades que atraen los aparatos burocráticos:

En un desorden de cobijas y sábanas manchadas por todas las inmundicias, reposaba su blanda e inmensa estatura de diabético, el enfermo que conocía de los asuntos de embarque. Su voz salía por entre las flemas de la hinchada y fofa garganta en donde las palabras perdían toda entonación y sentido. Era como si un muerto hablara por entre el lodo de sus pecados. (Mutis, *Summa* 133)

Así es como viven los Soberbios, siguen trabajando a pesar de que están viviendo sus últimos momentos, pues esto es lo único que han conocido durante su existencia, si es que alguna vez estuvieron realmente vivos. A este respecto, es pertinente referirnos, de nuevo, al ensayo de Sucre, ya que en él habla de la “Esterilidad” y es, precisamente, en el hombre moderno donde ella se ve reflejada: ve la Historia como progreso y poder, no tiene memoria y ha perdido la perspectiva del origen de aquello que lo rodea. Esto representa la imagen de los Soberbios: solo piensan en ganar más dinero a toda costa, así su cuerpo ya esté postrado en la cama de un hospital.

El poemario nos recuerda que no importa quién hayas sido en vida, la materia que fuimos será la misma al final: “Tus ojos te serán dos túneles de viento fétido, quieto, fácil, incoloro. / Tu boca moverá pausadamente la mueca de su desleimiento. / Tus brazos no conocerán más la tierra y reposarán en cruz, / vanos instrumentos solícitos a la carie acre que los invade” (Mutis, *Summa* 143). La materia entra en un proceso de degradación, y termina transformándose en la misma naturaleza que negamos y de la cual nos alejamos, humus primordial que se descompone. Mutis lo ejemplifica con el relato *El último rostro* —el cual trataremos más adelante—, allí narra la muerte del Libertador Simón Bolívar en medio de la enfermedad y sin el reconocimiento que esperaba del Estado al darle la libertad de los españoles.

El objetivo central de este trabajo es analizar cuál es el papel que cumplen tanto el soldado como el húsar en los poemarios, pero es igualmente significativo destacar la aparición de militares también en sus relatos. Así pues, en *La muerte del estratega* (1963), encontramos a Alar el Ilirio, estratega de la emperatriz Irene en el Thema de Lycandos. Esta historia se desarrolla en el Imperio Bizantino, momento histórico crucial en la historia para Mutis, y nos muestra a la perfección lo que sería un desesperanzado en el ejército, ya que el personaje cumple con las características que presenta Mutis en su ensayo sobre la desesperanza. Primero, vemos que a lo largo del relato Alar comienza a preguntarse sobre las religiones y “se dio cuenta de cómo su amiga [la emperatriz] había caído sin remedio en un fanatismo ciego que la llevaría a derramar mucha sangre, comenzando por la de su propia casa” (Mutis, *Relatos* 109). De esta forma, comienza a tener dudas y cuestionarse sobre ideas o hechos que debería dar por sentado. La lucidez le ayuda a darse cuenta de todas las guerras que han comenzado debido a la religión. Segundo, tenemos la dificultad de Alar para expresar las nuevas ideas y pensamientos que van surgiendo en su cabeza, pues él sabe que solo a sus más cercanos puede comentárselos o sería castigado por la emperatriz al cuestionar al Imperio y a ella misma. Irene castigó a su propio hijo ordenando que le sacaran los ojos por la simple sospecha de simpatía con los iconoclastas (Mutis, *Relatos* 108). Tercero, como ya había explicado Mutis, la incomunicabilidad lo lleva a la soledad, por eso sus compañeros siempre son los libros. Cuarto, la muerte vive constantemente con él debido a su participación en el Ejército, además, vemos cómo estaba dispuesto a realizar cualquier misión, sin importar las consecuencias con tal de cumplirla, hasta que apareció Ana la cretense. Quinto, Alar hace todo lo que se le ordena así no le guste o no esté de acuerdo, sin embargo, aprovecha esos momentos para hacer lo que verdaderamente le interesa. Entre estos momentos luminosos se encuentran las visitas a las ruinas de antiguas civilizaciones. De tal

manera, Alar el Ilirio es una figura con la que podemos establecer puntos de contacto al momento de compararlo con el Húsar que encontramos en el poemario *Los elementos del desastre*.

El primer aspecto que debemos tener en cuenta es de dónde viene cada uno, su origen. Alar es forzado a pertenecer al ejército por su padre, ya que pertenecen a una familia pudiente. Esta era su mejor opción, porque lo mantiene alejado de la religión y la política, dándole espacio a su desesperanzada visión del mundo. “Como hombre de armas, Alar no poseía virtudes muy sólidas. Un cierto escepticismo sobre la vanidad de las victorias y ninguna atención a las graves consecuencias de una derrota, hacían de él un mediocre soldado” (Mutis, *Relatos* 102). No obstante, era muy respetado por los miembros de la tropa y así fue ascendiendo hasta llegar a un mejor rango. A este hecho se suman las influencias de su padre y hermano en el Imperio. En cuanto al húsar, vemos la historia de un militar que intenta seguir con su carrera para tener el reconocimiento que tanto desea, sobre todo por sus méritos militares. No obstante, se encuentra en un entorno lleno de elementos que “lo sepultaron en la gruesa marea de poderes ajenos a su estirpe maravillosa y enérgica” (Mutis, *Summa* 59). Es así como todo lo que conocía cambia y debe resignarse a hacer lo posible por quedar en la memoria colectiva, a pesar del fracaso impuesto por los elementos.

Como ya había mostrado en el capítulo I, el vestuario es el elemento que más utiliza Mutis para mostrar el deterioro en ese nuevo entorno al que llega el Húsar: “Los dorados adornos de su dolmán rojo cadmio, alegran el polvo del camino por donde transitan carreteras y mulos hechizados” (Mutis, *Summa* 53). El resplandor de su traje llama la atención en este lugar lleno de colores grisáceos y trae un esplendor a esta tierra sumida en el tedio y la desesperanza. De la misma manera, podemos ver el vestuario como un recurso en *La muerte del estratega* para

mostrar el cambio que se va dando en Alar a medida que pasa el tiempo. Alar solo usa el uniforme militar con las insignias que ha ganado cuando es necesario, cuando así lo dictan los protocolos. Incluso, cuando ya ha sido ascendido a Estratega: “La elegancia de su atuendo fue cambiando hacia un simple traje militar al cual añadía, los días de revista, el águila bendita del Imperio” (Mutis, *Summa* 110). Esta simpleza y austeridad hacia el símbolo que lo diferencia de los demás, demuestra la poca importancia que le da Alar a aquello que solo sirve para mostrar poder. Incluso se le compara con los otros Estrategas, en una imagen que nos recuerda al húsar cuando llega a la tierra caliente, procedente de Europa, lleno de vanidad, antes de haber sido devorado por el deterioro y la decadencia:

[Los otros Estrategas] Hacían virtuosa ostentación de sus mandatos y vivían con lujo y derroche escandalosos, compartiendo con el Emperador esa hierática lejanía, ese arrogante boato que despertaba en los súbditos de las apartadas provincias, abandonadas al arbitrio de los estrategas, una veneración y un respeto que tenía mucho de sumisión religiosa. (Mutis, *Summa* 110)

El uniforme no solo muestra su posición política y económica, también es una forma de imponer respeto y buscar que los demás los vean como un modelo a seguir o una referencia de lo que les gustaría llegar a ser. Sin embargo, Hernández menciona cómo esos símbolos también son tocados por el tiempo y su significado termina desgastándose como el objeto mismo: "armados alguna vez de atributos guerreros pero que ahora se deshacen poco a poco, engalanados con ornamentos macabros" (*Deterioro* 221). Del mismo modo, vuelve a aparecer el atributo religioso como carácter distintivo de su ser. Otro de los aspectos que utilizan para justificar las acciones que realizan es la protección que les brindan a los ciudadanos y, además, el servicio que le prestan a su Dios. Recordemos el origen divino de los caballeros, ya que tienen la bendición por

parte de la iglesia para ejercer sus misiones y así seguir siendo los guardianes y vigilantes del lugar donde se encuentran. De la misma manera puede entenderse el epíteto con que llamaban al Húsar en los pueblos donde se encontraba: “arcángel de los trenes”.

Otra de las diferencias entre estos personajes son los objetivos que tienen al ser enviados a distintos lugares por sus superiores. Alar aprovecha sus viajes para “frecuentar los lugares en donde las ruinas atestiguaban el vano intento del hombre por perpetuar sus hechos” (Mutis, *Relatos* 103). Así como Alar ve ese intento fallido de intentar perpetuar en el tiempo los logros o méritos que se realizaron en vida como una marca de su manera de ver mundo, vemos que esto es precisamente lo que el Húsar quiere lograr: ser recordado y dejar su huella, por eso hace todo lo posible hasta el final para intentar lograr su cometido de preservar su memoria entre los hombres.

Por esa razón, cada uno de ellos ve el honor de forma distinta. Por un lado, Alar nunca tuvo como objetivo gozar de reconocimiento por parte de los demás. Es más, gracias a sus estudios de los autores griegos y latinos sabe que los títulos y honores militares son temporales y se perderán con el tiempo, lo verdaderamente importante es vivir cada instante al máximo. Para el Húsar es más difícil aceptar esta realidad, hasta el final estuvo buscando el reconocimiento que tanto deseaba, incluso fue a otras tierras para poder intentar obtenerlo.

Estos personajes comparten el hecho de que ninguno de los dos deja a un lado sus deberes militares. Sabemos que el húsar no lo hace porque es así como planea conseguir su objetivo, pero sí es extraño ver la misma actitud por parte de Alar. Se pensaría que este no lograría hacer su trabajo, pero es tan bueno con los demás que su respeto logra que estos recobren el valor necesario para cumplir con las misiones. Además hemos de recordar que un desesperanzado no espera nada, deja que todo fluya, y él sabe que al final eso es lo que le

encomendaron hacer, así no cumpla a cabalidad con las condiciones espirituales que, se supone, tiene un soldado. Es así como en ambos vemos dos polos, mencionados por Arteaga:

los *elementos vitales* del héroe, como el erotismo, el poder, la gloria, la nobleza, y la fuerza; y el lento *proceso de desvanecimiento* que conducirá a la muerte (...) representado en elementos como la miseria, la humillación, el desleimiento y la putrefacción del cuerpo, la memoria, el olvido, la huida, la violencia y finalmente la muerte (...) dichos elementos componen lo que será la imagen poética del soldado en tierras tropicales. (15)

Todos estos elementos son los que hemos venido estudiando. El húsar y el soldado se mueven constantemente en medio de estas características y debido a ellas viven ciertas experiencias y tienen perspectivas distintas sobre varios tópicos que nadie más tendrá.

Es importante considerar las reflexiones de Alar sobre la religión. Este es un tema que ocupa de manera persistente al Ilirio, ya que gracias a sus viajes tuvo la posibilidad de ver diferentes puntos de vista sobre las distintas divinidades con las que cada religión cuenta:

[Los helenos] Ellos hallaron el camino. Al crear los dioses a imagen y semejanza dieron trascendencia a esa armonía interior, imperecedera y siempre presente, de la cual manan la verdad y la belleza. (...) los helenos sobrevivirán a todas las razas, a todos los pueblos, porque del hombre mismo rescataron las fuerzas que vencen a la nada. (Mutis, *Relatos* 107)

Esa es la razón de la fascinación que tenía Alar con los helenos y el pensamiento platónico, porque ellos sabían lo que era importante, y veían en la misma naturaleza el esplendor de este mundo, en lo que nos hace verdaderamente humanos.

Sin embargo, el Ilirio no lo deja así, hace una reflexión sobre las religiones más practicadas, incluyendo la que está “defendiendo”, la de su imperio:

El Cristo nos ha sacrificado en su cruz, Buda nos ha sacrificado en su renunciación, Mahoma nos ha sacrificado en su furia. Hemos comenzado a morir. No creo que me explique claramente. Pero siento que estamos perdidos, que nos hemos hecho a nosotros mismos el daño irreparable de caer en la nada. Ya nada somos, nada podemos. Nadie puede poder. (Mutis, *Relatos* 107)

Es interesante ver cómo después todos los imperios, reinos o estados se fundan en estas bases. Es como si estuviéramos destinados a la muerte y a estar en ese mundo vacío, donde hasta nosotros mismos nos hemos vaciado de una relación natural, corpórea, con la realidad, y nos sentimos como sombras entre sombras, en un desierto infinito. Todo esto es lo que un desesperanzado logra ver.

Una de las características del desesperanzado que Mutis no menciona en el ensayo, es la necesidad de recordar y contar a otras personas sobre los lugares que han visitado o los hechos que han realizado durante su vida. A pesar de que cuentan con la característica de la incomunicabilidad, aprovechan los momentos donde están conversando con alguien para compartir sus experiencias, incluso si la otra persona no entiende bien a qué se refiere, ven esto como una forma de desahogo. Esta situación podemos verla en *El último rostro –Fragmento–* (1978). En el relato, Mutis ficcionaliza los últimos momentos del Libertador Simón Bolívar, cuando ya estaba en Santa Marta a punto de morir. A la casa en donde se encuentra llega el coronel Napierski, uno de los aventureros europeos llegados a las guerras americanas de independencia, de los que hablamos en el segundo capítulo, que llega de Londres después de la muerte de su esposa mientras daba a luz a su segundo hijo, en busca de un nuevo comienzo. Es así como este personaje acompaña a Bolívar en sus últimos días y narra la experiencia en un diario. En el relato se ve un Bolívar enfermo, el “libertador”: “tal es el título con que honró a

Bolívar el Congreso de Colombia y con el cual se le conoce siempre más que por su nombre o sus títulos oficiales (Mutis, *Relatos* 126). Lo único que puede hacer Bolívar al final es recordar y no esperar nada del pueblo al que liberó. Lo mismo hacía el Gaviero en sus viajes: “Vertía sobre sus oyentes la melancolía de sus largos viajes y la nostalgia de los lugares que eran caros a su memoria y de los que destilaba la razón de su vida” (Mutis, *Summa* 122).

Uno de los aspectos en los que hace énfasis Bolívar es en la naturaleza implacable del trópico. En el poema “el coche de segunda” Mutis nos muestra cómo un auto comienza a tomar los colores de la naturaleza: “La pintura verde se había ido con las lluvias de tantos años y la madera había tomado ese color gris azulado propio del revés de las hojas del banano” (Mutis, *Summa* 128). Sin embargo, el trópico no solo afecta lo material, va mucho más allá y afecta, incluso, los proyectos que se quieren realizar allí y es precisamente en ese momento donde Bolívar afirma:

Aquí se frustra toda empresa humana –comentó–. El desorden vertiginoso del paisaje, los ríos, el caos de los elementos, la vastedad de las selvas, el clima implacable, trabajan la voluntad y minan las razones profundas, esenciales para vivir que heredamos de ustedes [los europeos]. Esas razones nos impulsan todavía, pero en el camino nos perdemos en la hueca retórica y en la sanguinaria violencia que todo lo arrasa. (Mutis, *Relatos* 131)

Como vemos, Bolívar comienza a tener estas nociones sobre el mundo donde quiso realizar su proyecto cuando ya está con la muerte encima, ahí es más lúcido. Por eso, como afirma Hernández: “(El trópico) Se trata de una naturaleza vengativa que se ensaña en la destrucción” (*Deterioro* 234).

Sin embargo, vemos que la relación de un desesperanzado con esa naturaleza destructora termina siendo el momento importante para llegar a esa sabiduría que da la naturaleza. Así lo afirma Martha Candfield en su artículo “La poética de Álvaro Mutis”:

Los retiros espirituales de Maqroll (...) se conforman a esta indagación y es muy indicativo el hecho de que, mediante el aislamiento en una naturaleza exuberante y casi virgen, sea conducido a una especie de limbo atemporal en el que la memoria de lo vivido se decanta, para dejar a la conciencia solamente las deducciones conceptuales de lo vivido, es decir el conocimiento. (37)

De este modo, vemos cómo, reiteradamente, ese origen, esa naturaleza virgen, es la que nos da una verdadera respuesta a todas las incógnitas y preocupaciones que nos pueden surgir donde lo material vale más que el mismo ser humano.

Por otro lado, vemos en la obra de Mutis una característica particular en la relación entre un desesperanzado y el meridiano de la desesperanza: la falta de pestilencia en sus cadáveres mientras estos se descomponen. El primer ejemplo lo encontramos en “El Húsar”, allí se nos cuenta cómo fue encontrado el cuerpo del húsar y en un momento se menciona: “el dolor de sus heridas abiertas al sol de la tarde, sin pestilencia, pero con la notoria máscara de un espontáneo desleimiento” (Mutis, *Summa* 57). También encontramos el mismo fenómeno en “Hastío de los peces”, cuando se nos cuenta de la muerte de un “coleccionista de caderas”: “Lo cobijé con algas gigantes y nunca percibí fetidez alguna” (Mutis, *Summa* 41). Esto nos muestra que esta relación con la naturaleza también llega a lo material, no solo se queda en la transformación física o mental. Así lo explica Arteaga: “No solo ha desaparecido el hombre de acción, sino que los restos de su cadáver también se funden con la materia” (21). Todo vuelve a la materia, comienza

un nuevo ciclo que dará una nueva sabiduría y todo esto proceso sucede de manera cíclica, a medida que transcurre este tiempo muerto.

Es interesante ver que Mutis casi siempre se vale del recurso narrativo de presentar los textos que dan origen a sus relatos como tomados de un escrito olvidado, que fue encontrado en una edificación antigua o recuperado de lugares que recolectan antigüedades. También sucede con las historias de Maqroll, donde lo que queda de él son papeles, muchas veces incompletos, que nos muestran un trozo de una historia que hubiera podido perderse de no ser por ese objeto frágil, un legajo de hojas de papel, que sobrevivió al paso del tiempo. Como bien menciona Canfield: "Desde el primer poema de Mutis (...) se ve cómo son precisamente los objetos, en su cruda corporeidad, lo que ponen en marcha la memoria y, como consecuencia, estimulan el proceso de elaboración poética" (36). Del mismo modo, la oralidad no se deja de lado, pero las historias cambian de persona a persona, así mismo se mimetizan con el entorno, como si la palabra pasara a pertenecer a la naturaleza, a la identidad de ese lugar geográfico. Por esa razón, Hernández afirma: "El olvido deteriora el orden interior y otras veces contribuye a darlo (...). El olvido, entonces, puede portar una cierta esperanza de restitución del orden perdido, cuando la materia olvidada es dolorosa" (*Deterioro*, 201). Esto se puede complementar con el hecho de que a Mutis le gusta pensar en varias alternativas que pudieron pasar en la historia y esto no lo deja de lado en su obra. En el artículo "Álvaro Mutis o la poesía como metáfora", de Trinidad Barrera, se afirma "La mirada histórica de Mutis busca personajes que revelan la grandeza pasada para reflexionar sobre un presente distinto" (486). Esto nos da aún más señalamientos de las razones por las cuales Mutis eligió al soldado y al húsar como parte de su obra: son personajes que tenían un destino asegurado, supuestamente, sin embargo el tiempo y el lugar al que llegaron son mucho más fuertes, hasta el punto de aniquilar dichas ideas.

Como vimos con Bolívar, después de la “gloria” y el “honor” no queda nada, así nos lo recuerda el enfermero del poema “El hospital de la bahía”:

El enfermero... este sí que sabía algunas cosas admirables y nada tristes. Contaba, por ejemplo, la «Constitución de la Torre de Babel» o «El rescate de los Dolientes» o la «Batalla sin Banderas», largas historias en las cuales él aparecía discretamente, al fondo, como un viejo actor que hubiese conocido antaño los favores del público y que ahora, en un papel muy secundario, tiene aún la seguridad de agradar. (Mutis, *Summa* 120)

Estas historias son una forma de sobrellevar la realidad que están viviendo. Además, si el enfermero aparece como personaje en las historias, no sería extraño que este haya participado realmente en algunos hechos importantes pero, como es natural, ya fue olvidado.

Del mismo modo, en el poema “El mapa”, Maqroll muestra la ruta para llegar a los Hospitales de Ultramar y esta ruta es precisamente la de la llegada de los españoles a las Indias. Creían haber llegado al paraíso, pero este terminó siendo el paraíso perdido. Es así como comienza una mezcla de culturas: “Venus nace de la rala / copa de un cocotero / y en su diestra lleva / el fruto del banano / con la cáscara pendiente / como un tierno palio de oro. / Llega el verano / y un pescador cambia / una libra de almejas / por una máscara de esgrima” (Mutis, *Summa* 142). Así se inicia el deterioro, la disolución. Cuando esa nueva cultura llega, empieza a sufrir de la fiebre del oro, esa que desvió completamente los valores y los objetivos de los conquistadores al llegar aquí. La fiebre del oro se puede ver más claramente en las novelas con las aventuras del Gaviero. Sobre todo en *Amirbar*, ya que Maqroll intenta sacar oro de una antigua mina. En su recorrido para saber dónde se encuentra la mina y quiénes han intentado sacar provecho de ella, descubre varias historias sobre mineros, la mayoría extranjeros, que terminaban pagando las consecuencias de tanta codicia. A cada persona que habitaba el lugar le

preguntaba y siempre le decían: “Porque el que busca oro siempre acaba medio loco. Ese es el problema” (Mutis, *Amirbar* 28).

Es así como Hernández describe a los militares: “«Listos» y gregarios, tipos componentes de una sociedad que se deteriora sin término, personajes que trabajan en la otra orilla, ni marginales, ni periféricos corren aleatoriamente con todos los otros grupos sociales” (*Deterioro* 219). Este “trabajan en la orilla” muestra lo fácil que es para un militar ver ambos lados de la realidad, sin embargo cuando se va subiendo en la jerarquía también es muy fácil olvidar el origen, cómo se ve todo desde abajo y por eso terminan siendo esos Soberbios presentados anteriormente por Mutis. Igual como le ocurriría a cualquiera que se le presente la posibilidad de escalar en la jerarquía del Poder. Hernández se refiere al cuartel, lugar donde los militares pasan la mayor parte de su tiempo, como “espacios que alojan seres gregarios que son instruidos para mantener el «orden». Gracias a su propia naturaleza de contribuir con la destrucción, y tener una vocación por la violencia, pueden ejercer las funciones de vigilar y castigar a los demás” (*Deterioro* 240). Ese es el ambiente “natural” para los militares, esa es su razón de existir. En el poemario específico trabajado en este capítulo, Mutis nos lleva al hospital: “importan como espacios que formalizan las acciones de curar y organizar a los enfermos en vastas salas, y controlar a quienes han llegado a tocar fondo en la decadencia física” (Hernández, *Deterioro* 239). Todos esos lugares son para la organización de la sociedad, tener un control y vigilancia constante sobre los que la componen, no importa a qué estrato social pertenezcan o qué trabajo tengan. Todos podrán ser sometidos ante estas formas de poder donde el militar es uno de los eslabones más importantes para que esta organización se mantenga en pie, imperturbable.

Conclusiones

Una de las preguntas principales de este trabajo era por qué Mutis eligió a las figuras del húsar y del soldado como parte de su obra, debido a que Mutis elige seres marginales que no tienen una buena reputación ante la sociedad y por ende no tienen reconocimiento alguno: “Las personas de esta obra son las más ignoradas por la fortuna y por los centros de poder visibles (...). Es un mundo que está junto con el otro y al que la mayoría le niega el significado que tiene en la dinámica social” (Hernández, *Deterioro* 217). En un primer momento se pensaría que estas figuras no pertenecen a ese grupo. Sin embargo, como ya nos los mostró Mutis, sí hacen parte de estos márgenes. Por un lado, el soldado pertenece a un colectivo, no tiene una verdadera individualidad. Por otro lado, el húsar fue una figura muy importante en su momento, hasta llegar al punto de que su figura se replicó en varios ejércitos por su versatilidad al momento de vigilar y arrebatar las provisiones a sus enemigos. Todo esto gracias a lo ligero que era su uniforme y armas al momento de participar en una batalla. Esto les restaba protección, pero les daba más agilidad. Al mismo tiempo, su uniforme y posición tenían una conexión con el honor y la gloria, ya que se relacionaban con un trabajo riesgoso, por lo que terminaban siendo una figura de admiración. Sin embargo, ambas figuras, a pesar de su posición y todo el riesgo que corren al escoger esta profesión, terminan en el olvido.

Es así como el soldado y el húsar son solo una herramienta más para mantener ese Poder que necesita de su esfuerzo y hasta sacrificio para mantener el “orden”. La forma más común para mantener ese orden es la vigilancia constante, saber qué están haciendo los que pertenecen a esa organización para que no se salgan de los lineamientos y, si lo hacen, reprimirlos o sacarlos del avistamiento social para que no causen ningún conflicto en ese orden.

Situándonos en el trópico, esa gran obsesión mutisiana, el trabajo de vigilancia se dificulta aún más debido a lo demandante que es esta naturaleza, ya que deteriora todo lo que llega a ella. Por eso, toda empresa o proyecto que se quiera realizar aquí, termina fracasando. Por esa razón, Bolívar, en el relato *El último rostro*, hace una comparación entre lo que pasa cuando los europeos pasan por una crisis y la triste realidad que se vive en América:

Ustedes saldrán de esas crisis, Napierski, siempre han superado esas épocas de oscuridad, ya vendrán para Europa tiempo nuevo de prosperidad y grandeza para todos. Mientras tanto nosotros, aquí en América, nos iremos hundiendo en un caos de estériles guerras civiles, de conspiraciones sórdidas y en ellas se perderán toda la energía, toda la fe, toda la razón necesarias para aprovechar y dar sentido al esfuerzo que nos hizo libres. No tenemos remedio, coronel, así somos, así nacimos... (Mutis, *Relatos* 132)

Es así como cualquier proyecto será hundido por el meridiano de la desesperanza. Sobre todo porque nuestro autor hace énfasis en que así fue como nació esta tierra, en medio de la violencia y el desastre. De esta manera, vemos cómo varias personas que toman la decisión de ser militares, lo ven como una forma de escape o de comenzar una nueva vida, así como lo hicieron muchos extranjeros durante las guerras de independencia latinoamericanas. Sin embargo, no esperaban lo que, realmente, este lugar les iba a ofrecer: olvido y falta de reconocimiento por el trabajo tan riesgoso que realizaron.

De este modo, el deterioro y la miseria son parte de la cotidianidad del trópico. Lo que, como mostré en mi trabajo, ofrece todas las características para ser un desesperanzado. El trópico no solo afecta la materia, también afecta la conciencia de los que residen allí. Por esa razón, otra de las preguntas que este trabajo quería responder, era si las figuras del húsar y el soldado entraban o no a denominarse como desesperanzados. En el caso del soldado, vemos que sí puede

ser un desesperanzado, porque se le muestra siempre en la soledad de su servicio, en la noche. En todo momento se está preguntando por los hechos que pudieron haber ocurrido en el lugar que se encuentra. No los grandes hechos históricos, se pregunta por aquellos que muchas personas pudieron tener como compañía en la intimidad. Del mismo modo, la muerte lo acompaña siempre y sabe que en cualquier momento esta le llegará, no debe esperarla, si no tener siempre presente que esta llegará de manera irrevocable. Por parte del húsar, podemos ver que este no deja de buscar esa gloria prometida, hasta que le llega la enfermedad. Entiende que no tiene más para ofrecer, para obtener ese reconocimiento que tanto deseaba. Por esa razón, la miseria se convierte en una resistencia para ambos, para seguir descubriendo qué se les presentará, a pesar de lo que están viviendo y experimentando día a día.

El preguntarse sobre los hechos que sucedieron en distintos lugares nos lleva a pensar en ese papel de cronista del cual Mutis se apropia, para mostrarnos, de primera mano, lo que es ser un desesperanzado. Es así como desde estos personajes marginales nos muestra las consecuencias de un mundo donde solo importan los bienes, incluso más que la misma vida. Por esa razón, para Mutis “Todo poder (...) debe tener un origen trascendente” (Hernández, *Extraviado* 72), ya que el poder manejado por el hombre está lleno de codicia y manipulación. Esto nos lleva a la importancia del húsar, debido a que nos regresa, constantemente, a ese momento de gloria donde se peleaba por buscar la protección, y el servir con honor a una sociedad.

Por esa razón, la invitación constante de Mutis es siempre estar recordando el origen, hacer memoria. Y más en esta época moderna donde muchas cosas se presentan como una novedad, cuando en realidad no lo son. Ese origen, para Mutis, es sinónimo de algo sagrado, de significados más trascendentales de los que se tienen ahora. Por eso todo el tiempo hace énfasis

en el honor y la gloria que tenían los antiguos guerreros, tanto por ellos como por su misma patria: “Sueña un Estado utópico (...) donde el poder temporal provenga de una fuente sagrada que lo haga superior a las disputas y a los mezquinos intereses a los que se someten en general los partidos y las instituciones” (Canfield 41). Y esos intereses de partidos e instituciones son, precisamente, los que rigen y dominan el mundo actual. La materia está por encima de la misma humanidad. Por eso mismo, en ese desorden de la materia está lo realmente importante: “el poeta, habiendo penetrado en el desorden de la materia, ha terminado por descubrir el orden trascendente” (Canfield 40). La naturaleza es aquella que realmente debemos tener en cuenta, ver qué es lo que nos está tratando de comunicar todo el tiempo.

Por esa razón, el húsar y el soldado son figuras donde Mutis nos muestra la degradación y el deterioro que ha tenido el poder con el paso del tiempo. Por medio de estas dos figuras, que comienzan con un objetivo definido sus vidas, pero terminan siendo títeres entrenados que siguen órdenes sin un verdadero criterio. Donde la violencia se justifica, incluso, por un llamado divino, pero termina teniendo un interés en donde, el objetivo principal, es seguir acumulando riquezas materiales. Por eso, la invitación de Mutis es estar, siempre, en una reflexión constante que burle la vulgaridad del tiempo presente.

Bibliografía

- Arteaga, Andrés. “Melancolía y desvanecimiento del yo en el poema “El Húsar” (1953) de Álvaro Mutis”. *Revista Affectio Societatis*. Vol. 11, Núm. 21 (julio-diciembre 2014): 10-25. Web.
- Barrera, Trinidad. “Álvaro Mutis o la poesía como metáfora”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Núm. 28 (1999): 473-487. Web.
- Brown, Matthew. *Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la Independencia de la Gran Colombia*. Colombia: La Carreta Editores, 2010. Impreso.
- Canfield, Martha L. “La poética de Álvaro Mutis”. *Cuadernos hispanoamericanos*. Núm. 619 (enero 2002): 35-43. Web.
- Cano Gaviria, Ricardo. “El Húsar, breve descripción de una forma”. *Cuadernos hispanoamericanos*. Núm. 619 (enero 2002): 27-33. Web.
- Cobo Borda, Juan Gustavo. *La narrativa colombiana después de García Márquez*. Colombia: Tercer mundo editores, 1989. Impreso.
- *Lecturas convergentes*. Bogotá: Taurus, 2006. Impreso.
- Greiff, León. *Libro de relatos*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979. Impreso.
- Hernández, Consuelo. *Álvaro Mutis: una estética del deterioro*. Venezuela: Monte Ávila Editores, 1995. Impreso.
- “Razón del extraviado: Mutis entre dos mundos”. *Cuadernos hispanoamericanos*. Núm. 523 (enero 1994): 69-78. Web.
- Lispector, Clarice. *Revelación de un mundo*. Buenos aires: Adriana Hidalgo editora, 2005. Impreso.
- Mutis, Álvaro. *Amirbar*. Bogotá: Editorial norma, 1990. Impreso

--- “La desesperanza”. *Poesía y prosa*. Ed. Santiago Mutis Durán. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1981. Impreso.

--- *Relatos de mar y tierra*. Buenos Aires: Debolsillo, 2008. Impreso.

--- *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía reunida (1947-2003)*. Colombia: Anagrama, 2008. Impreso.

Napoleón y la independencia. Comp. y Ed. Ernesto Carriosa Umaña. Colombia: (Sic) Editorial, 2007. Impreso.

Pinilla, Augusto. “Entrevista a Álvaro Mutis”. *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero 1988-1993*. Ed. Santiago Mutis Durán. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1993. Impreso.

Quintanilla Raso, María Concepción. *Nobleza y caballería*. España: Arco Libros, 1996. Impreso.

Sicilia Cardona, Enrique F. *Napoleón y Revolución: las guerras revolucionarias*. Madrid: Nowtilus, 2016. Impreso.

Sucre, Guillermo. “El poema: una fértil miseria”. *La máscara, la transparencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985. Impreso.

Sefamí, Jacobo. “Maqroll, la vigilancia del orden: entrevista con Álvaro Mutis”. *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero 1988-1993*. Ed. Santiago Mutis Durán. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1993. Impreso.